

SEMANARIO POLÍTICO
SE PUBLICA LOS JUEVES
Redacción y Administración
ALBERTO AGUILERA, NÚM. 22
Número suelto 10 cts.

EL MOTÍN

SUSCRIPCIÓN
Madrid, 1,50 pts. trimestre; Año 3
Provincias, 1,50 trimestre; Año 6
Ultramar y Extranjero: Año 10
PAGO ADELANTADO
Corresponsales: 25 números 1,50

Año XXX

Madrid, Jueves 25 de Agosto de 1910

Núm. 33



EL CRISTO DE LOS CLERICALES

DIOS

Se ha repartido ya este célebre folleto de Suñer y Capdevila, primero de la 2.^a serie.

Así como la 1.^a "Hojita ignaciana", titulada "Espíritu de San Ignacio de Loyola".

Y se han servido los ejemplares de la nueva edición de las "Ruinas de Palmira", al precio de una peseta.

En breve se repartirá el 2.^o folleto, "Los milagros", por Roberto Robert.

Y la 2.^a "Hojita ignaciana", titulada "Los dolores y gozos de San Ignacio".

Los folletos

Encuadrados en tela, se darán los diez de la 1.^a serie á una peseta veinticinco céntimos á los suscriptores de EL MOTIN. A los no suscriptores, á una setenta y cinco.

Debe enviarse además un sello de certificado, que lo mismo sirve para un ejemplar que para cuantos entran en un paquete de cuatro kilos.

Carta del cielo

Amigo Nakens: Desde el seno de mi Eterno Padre me apresuro á darte las gracias por la lámina de EL MOTIN "El Cristo de los clericales". Ya había perdido la esperanza de que los hombres se diesen cuenta de que el Cristo inspirador de la Inquisición y de la guerra nada tiene que ver conmigo, que reprobé las luchas sangrientas con aquellas palabras al atolondrado Pedro: «envaina la espada, que el que a hierro mata á hierro muere»; por lo cual, ese Cristo odiado y perseguido ahí y condenado á la guillotina, no es el Cristo inocente, el Cristo casto y el Cristo mártir, sino el Cristo foragido; es condenado, no por demasiado bueno, sino por demasiado malo.

Ni son «cristianos míos» esos energúmenos brabucones, encendedores de guerras y odios, que se arman hasta los dientes á guisa de pinchos y matachines; pues los míos saben que son «enviados al mundo como ovejas entre lobos», y esos otros son verdaderos lobos carnívoros, cazadores de ovejas para fríasquilas, ordeñadas, llevarlas á sus cuevas, despellejarlas y descuartizarlas.

¿Qué tiene que ver conmigo ese Cristo falsificado, y qué con los míos esas fieras salvajes que se hacen insoportables al mundo?

Aquél es el Ungido del diablo; el prostituidor, tiranizador y envilecedor de los pueblos redimidos; el primogénito del padre del mal.

Los suyos son los tiranos, los buscadores de honores y de riquezas, los aduladores del éxito, los que huyen del miserable y escarabajean por los rincones de los grandes, los fariseos, los hipócritas, los mercaderes del templo, los fingidores de virtudes, los que tienen á Dios en los labios y en el corazón la iniquidad, los célibes rodeados de queridas, los vírgenes corruptores de niños, los mendicantes captadores de testamentos, los que retrató mi Pablo llamándolos impúdicos, facinerosos, maldicientes, ma ígnos, gazmoños, traidores, malos hijos, malos ciudadanos, soldaos pérfidos, venales, soberbios, borrachos, tragones, impulsivos, agresivos, irritables, bilingües, hipócritas disimulados, calumniadores de Dios, pudidores del bien, furias de los pueblos, plaga de las naciones y azote de la humanidad.

Y esos miserables han secuestrado mi nombre y tienen secuestradas mis imágenes, mi evangelio, y mi moral, presentando como mía su moral infame, sus doctrinas necias y nefandas, invocando mi nombre en sus mentiras y haciendo á mi imagen testigo de sus crímenes. Por lo cual el Mundo me blasfema con justicia como criminal, como impostor y como farsante, suponiéndome autor de tales atrocidades.

Mil gracias, amigo Nakens, al dar testimonio de Mí y al presentar al mundo el verdadero retrato de ese Cristo de los clericales, sorprendiéndole en el acto de erigirse en jefe de sus foragidos, con facha de foragido, con sus ojos llenos de ira, con sus labios entumecidos por la rabia y con su diestra blandiendo furores; ese es el retrato del verdadero jefe de esas hordas sanguinarias y devastadoras; tu lo has sorprendido con la cámara fotográfica, y al exhibirlo á las gentes, todos sabrán distinguir que ese Cristo furioso, á quien nadie toca en el pelo de la barba, no es aquel que en plena crucifixión y martirio daba el «perdón á los mismos sayones que le crucificaban.»

Así sabrán los pueblos que ese no es Yo y que Yo no soy él; y cuando los suyos presenten al público un Cristo humillado en la Cruz, benévolo, sufrido y resignado, sabrán las gentes que es el malvado aquel que se hace otra vez el hipócrita, el gazmoño; que ha encogido el brazo y ha tomado en la cruz, á guisa de fraile astuto, una postura hipócrita para no desacreditarse ante las gentes.

Mil gracias, amigo mío, apóstol mío y defensor mío; tú no me tienes en los labios, pero me tienes en el corazón: eso quiero Yo; que «obras son amores y no buenas razones».

Y si te parece bien añadir algún día esta otra consideración: «el Cristo de Jerusalén fué asesinado por la virtud de publicar los crímenes de los jueces; el del Vaticano es ejecutado por el crimen de ser amparador de los crímenes; el

uno es el mártir, el otro es el patibular...» Si eso haces, te quedaré doblemente agradecido.

Entre tanto, tú, que como Yo eres llamado criminal, cómplice de malas gentes y de libertinos; tú, que como Yo eres odiado y maldecido y acusado por los fariseos, hipócritas, rabinos, doctores, frailes y beatos; tú, que eres tratado como Yo fui tratado, sabe que, aunque no quieras, te tengo preparada á mi diestra una silla de gloria en este seno de los Justos.

JESÚS DE NAZARET,
excomulgado por el Papa
y crucificado por los obispos y frailes

Concordancias... oficiales

Después que el Papa, con omisión del gobierno, ha aplaudido la actitud sediciosa de los clericales del Norte;

Después que el Nuncio se brindaba á presidir el mitin proclamador de la guerra;

Después que el Nuncio recorre los pueblos levantiscos y celebra entrevistas con los jefes de sedición;

Después que se denuncian desde hace seis meses, trabajos de conspiración para armar una guerra civil;

Después que el jesuita Vilariño introduce en los cuarteles folletos injuriosos para los oficiales liberales y excita á la rebelión á los clericales;

Después que el obispo de Santander proclamó la esperanza en los *caudillos resucitados* por su Dios contra las Ordenanzas militares;

Después que Maura hizo represión de armas con el pueblo liberal;

Después que se fortifican los conventos;

Después que los fabricantes de Eibar ponen circulares á los frailes ofreciéndoles armas y municiones con descuento;

Después que se envía á D. Jaime públicamente la espada de general futuro del ejército fratricida;

Después que se denuncian alijos de armas en Murcia, en la frontera y por las plazas del litoral;

Después de todo eso...

El Estado democrático-liberal-monárquico continúa pagando la pensión á la Santa Sede, continúa pagando sus haberes al Nuncio y sostiene un representante ante el Vaticano.

Esto es concordar... la guerra civil y el fusilamiento del ejército español.

Injurias que honran

Algunos amigos, indignados ante la serie de insultos, injurias y calumnias que los clericales me regalan, me envían recortes de sus periódicos pidiéndome que les conteste. Diez ó doce cartas he recibido estos días de Valencia, con el trozo de un periódico arzobispal que

allí se publica, y que ya se daría con un canto en los pechos porque no pudieran decir de su Guisasa más que lo que dice él de mí.

No, amigos, no; despertar las iras de esa gente, colma hoy mis ambiciones todas; y no me consideraría á la altura de la obra que hago, si por un momento perdiera la serenidad de espíritu.

Además, estoy acostumbrado á recibir toda clase de ataques; tanto, que pudiera decir con más razón que el primero que lo dijo: «Si tuviera reunidas todas las piedras que me han tirado, podría hacer con ellas una casa.» Yo haría un segundo Escorial.

Para combatir al pasado, hay que preocuparse poco, ó nada, de la tranquilidad, la fama, la honra, la vida... El que ame algo de eso más que al ideal de justicia, que se retire de la lucha.

Esto le ha ocurrido siempre á todo el que ha luchado por un ideal progresivo; pero doblemente al que, como yo, ha tenido enfrente nada menos que á los explotadores y á los fanáticos de la Iglesia más intolerante que existe, la católica, en el pueblo más ignorante de los semi-civilizados, España.

Por esto no busco desde hace tiempo para mis actos otra sanción que la mía, y le doy escaso valor á la opinión de los necios, los envidiosos, los impotentes, los que no llegaron; lo mismo que á los que alquilan á ratos su pluma ó la venden á perpetuidad, sin perjuicio de compadecer á éstos si lo hacen obligados por la necesidad de vivir... La miseria, si no justifica, disculpa muchas acciones poco correctas.

Envíenme, pues, los amigos los recortes de los periódicos que me zahieran ó me calumnien, pero sepan que únicamente contesta á aquello que me dé ocasión para burlarme de esos histriónes que amenizan con sus gritos ridículos y sus piruetas cómicas los últimos años de mi vida.

Consulta evacuada

Querido Nakens: Permítame usted que le haga una consulta, porque entiendo poco de teatro.

He escrito un jugueteillo en un acto; se titula *El kiosko*. A un perito como usted le bastará el extracto adjunto para decirme si puede representarse ó no y si lo tragará ese publicito.

Y nada más que un abrazo de

ESTÉVANEZ

París.

Extracto

La escena representa una plaza (la de Santa Ana), en cuyo centro hay un kiosko de necesidad; encima de la puerta se distingue bien un retrero que dice: 10 céntimos.

Escena primera.—La encargada del kiosko baire la entrada y habla sola.

Poco después sale del kiosko un parroquiano que para pagar 10 céntimos

pretende que se le cambie un billete de 100 pesetas. Ella ofrece cambiarlo en perros chicos. Disputa.

Llega un cura corriendo y con la pretina ya desabrochada; tiene tanta prisa, que derriba á la mujer y entra en el kiosko saltándole por encima.

El primer parroquiano aprovecha la ocasión y se escurre sin pagar.

Entran ó sa en sucesivamente: un senador vitalicio, dos borrachos, un reporter de la prensa, una hermana de la caridad, un académico de la lengua y hasta 15 personajes.

Al senador lo detiene la empleada, diciéndole:—No se puede entrar, está lleno.—¿Lleno, de qué?...—El mismo cuenta que es senador vitalicio y que se está ciscando.

El reporter no viene á eso; viene á pedir datos para formar una estadística de lo que recauda el kiosko en dinero y en especie.

El académico dice que la palabra kiosko no es castiza; debe decirse kuesko.

Uno de los borrachos pide papel; quiere precisamente *La Semana Católica*, no el papel higiénico; tiene el cutis delicado.

La monja entra persignándose; al salir paga 10 céntimos y pide 50 para los pobres. Riña, coscorriones, arañazos.

Uno de los clientes se comadece de la encargada del kiosko; ésta, indignada, le dice:—Desde que tengo este oficio alterno con gente gorda; aquí no vienen más que personas decentes; ahora mismo están funcionando ahí dentro un senador, un periodista y un juez municipal.

Otro quiere pagar con una papeleta de empeño...

Por fin pasa un automóvil con corona... ducal, choca con el kiosko y arden juntos kiosko y automóvil.

Querido Estévez: Me gusta el argumento del jugueteillo; tiene olor, color y sabor local. Rabelais no lo hubiera ideado mejor.

Lo que no creo es que el público de Madrid lo trague. Son tan ricos de la materia que en él predomina casi todos los que suelen concurrir á los teatros, que no necesitan salir de casa para saborear su perfume artístico.

Esto no obstante, si usted se empeñara en que se representase, procuraría yo comprar un título palatino, que pudiera ser el de marqués de Casa Vacía, á fin de ingerirme en la aristocracia, y ver si lograba que se pusiera en escena en algún teatrillo de los suyos, donde creo que encajaría perfectamente.

Le devuelve el abrazo

NAKENS

Moral clerical

El arcipreste de Sarcedo, Rvdo. Mangiagalli (Italia) ha sido asesinado durante la celebración de la misa por un coad-

jutor suyo, con quien andaba mal avenido.

El asesino se llama Tirapelle.

¡Vaya con los ministros de Dios y alumnos del Papa!

¡Y vaya unos apellidos que se gastan esos reverendos: Tirapellejos y Traga-gallos!

La policía persigue al criminal.

Si quiere vivir seguro, venga á refugiarse á Chamartín de la Rosa entre los jesuitas, y declare que el arcipreste se degolló él mismo.

DURO Y A LA CABEZA

—¿Por qué lloras, zagal?

—Porque tñ que llorar; porque me san perdido dos cuaternas.

—Tómatas, chito, y calla, que los de Ríela no lloran aunque se vean con las tripas fuera.

El muchacho, lejos de consolarse, lloraba más fuerte.

—Y ahora que ya tienes el dinero que habías perdido, ¿por qué te afliges?

—Toma, pus porque si no me sabieran perdido las dos cuaternas, ahora tendría cuatro; con que mi usted, pa que yo eaye.

El Estado, para salvar la hacienda nacional de una inminente bancarrota, desamortizó la propiedad de la Iglesia, que era de todos los españoles, como miembros de la asociación católica, y no de la particular ni privada pertenencia de frailes, monjas, curas ni obispos, como se ha pretendido y se pretende, designando los bienes de la mano muerta como bienes del clero.

La nación católica hizo lo que creyó conveniente á los generales intereses del país, sometiendo á tributación la propiedad exenta, descargando los insostenibles gravámenes de la escabiosa que estaba afecta al pago de contribuciones.

La operación tuvo un éxito feliz hasta para la misma Iglesia, que fué espléndidamente indemnizada de aquel quebranto.

Los obispos redoblaron sus pretensiones á convertirse en dueños, de simples administradores que eran, de los bienes comunales de sus iglesias, y al fin arrancaron un salvoconducto que les asegura en el dominio y disfrute personal de los bienes de todos con menoscabo de la equidad y despojo violento de los legítimos señores, los fieles.

Desde entonces, viene el episcopado poniendo el grito en el cielo, sin consolarse ni con los 42 millones del presupuesto ordinario, ni con lo que importan los extraordinarios y los de Ayuntamientos y provincias, los derechos de estola y pie de altar, los de arzones burocráticos y de funciones votivas, los estipendios de misas y limosnas y otros arbitrios que ni lidios ni sármatas supieron discurrir y que, todo junto y mal contado, importa 200 millones de pesetas al año, sin incluir el sostenimiento de más de 100.000 monacales, que esto es capítulo aparte.

La Iglesia, es decir, los que heréticamente se atribuyen su representación sin tener para nada en cuenta lo que llaman el cuerpo místico de Cristo, la

congregación de los fieles; los que han asaltado los bienes de la caridad y de la beneficencia, precio de pecados, como les llaman los santos Padres, estafando á los pobres, á quienes de paso insultan con sus dilapidaciones y profana ostentación, lloran, porque si conquistaran la propiedad de los bienes desamortizados, sus rentas, en vez de los doscientos millones, serían de cuatrocientos.

Ese y no otro es el secreto de los lamentos, de los ayes, de las protestas de la fe católica y de la ley de Dios, que ni es fe, ni es católica, ni es ley, ni viene de Dios ni es el camino.

No hay más que ver a cara á los que son cabezas de la conjura.

El Nuncio que cobra 30.000 pesetas, palacio libre y coche gratis. Los empleados en la Nunciatura 300.000 pesetas.

Los obispos á 27.000 uno con otro, los canónigos, los beneficiados y los curas, gente toda asalariada, secuestradores todos de los bienes de la propiedad común, de los fieles, de todos ó de casi todos los españoles.

De tales secuestradores el Papa, como capitán de la cuadrilla, saca la parte del león, y aquí radican los móviles de las protestas que se quieren disfrazar de sentimientos religiosos y de defensa de la fe.

Las segundas parte ¿quienes son? Gentes como los Comillas, que á la sombra del catolicismo y representando una comandita celeste explotan la hacienda pública con inaudito descaro.

Plutócratas poseedores de pingües capellanías y administraciones piadosas cuando no corredores de chanchullos y desenterradores de discutibles derechos ahogados en el polvo del archivo del ministerio de Hacienda ó en los rofiles expedientes del Banco de San Carlos.

Fabricantes de ornamentos y vasos de oro y plata y objetos para el culto.

Casalleros y sastres eclesiásticos; proveedores de comestibles de conventos y seminarios; albañiles, carpinteros y artífices de todos los oficios que trabajan en catedrales é iglesias, monasterios y casas rectorales.

Señoras que manejan los cuantiosos fondos de la Beneficencia oficial y de la caridad privada, muchas de las cuales no tienen otro modo de vivir, y con ese sólo costean coche, abono en el Real y otras satisfacciones que me callo.

Las amas de los curas que forman un ejército, las aspirantas que son dos ejércitos. Los pobres «protegidos» de las damas de San Vicente de Paul, las beatas que reciben alguna ración de arroz de vez en cuando, alguna peseteja ó algún par de zapatos; esa es la gente católica que protesta contra los planes democráticos del gobierno.

El grito de la fe no sale del corazón, sino del estómago.

Ninguno de los que aullan lo hace sin su cuenta y razón; todos defienden sus propios intereses; el que menos, el acta de diputado que ningún partido le otorgaría.

Esos son los que gritan, los que protestan, los que se sublevan en nombre de unos fantásticos derechos, de una supuesta violencia, de una fingida persecución de parte del gobierno.

Es preciso que los conozca el país, que los conozca Europa, que los conoz-

ca el mundo entero. Unicamente ellos, los salteadores de los bienes de la Iglesia española, del acervo pío de los necesitados, de los enfermos y de los pobres, los enriquecidos á costa del purgatorio, los que gastan y triunfan por cuenta del catolicismo, esos son los que nos insultan, nos injurian y nos llaman borrachos y ladrones.

Cuadrilla de bandidos, bandada de vestales capellaneras, turba de «soute-neurs» y de alcahuetas sagradas, ¡fuera de ahí y á doblar humildemente el espinazo, que pasa con toda majestad la emancipación de la conciencia!

Ahora que ya sabe el país el secreto de la facciosa protesta y Europa conoce á los protestantes, porque aquí les hemos arrancado la careta, y el mundo entero puede juzgar con acierto la situación actual de España, el gobierno no tiene á quien temer, pudiendo ir derecho á la represión de los facciosos de mitra y de bonete; y una vez que el señor Canalejas parece que se decide á empezar ¡que no lo olvide!

Duro y á la cabeza.

CANTAFLARO

Sangrándose en salud

El ministro de cultos de Italia ha circulado á los jefes de provincias las órdenes necesarias para enterar al ministerio de la llegada de congregaciones extranjeras, principalmente españolas y francesas.

La prensa cree que estas medidas son precursoras de otras para impedir la inmigración de frailes en Italia.

¡Pobrecitos frailes! Si les echan de sus naciones ¿á dónde irán?

Consuélese los benditos; ellos tienen su Patria, la Patria celestial, á la cual no desean ir ni á tiros. No quieren cuentas con su Padre Eterno é invisible, y buscan vivir lo más lejos posible de su otro Padre y Rey que prefiere tener sus jardines llenos de leones de Abisinia, á tenerlos poblados de frailes.

¡Ellos se conocen!

Cínico y cobarde

El cura de Begoña pronunció un sermón, del que copio solamente esto, que es lo más decentito:

«... Nadie nos podrá argüir de que el sacerdote, en la elevada misión que el cielo le confió de adoctrinar al pueblo, extralimita su celo al lanzar desde la prominencia de la cátedra divina un anatema contra el mal, erigido en códigos políticos, causado en programas de partido y encarnado (porque la idea en alguien ha de sustentarse) en personalidades de alta política que, nunca ahítas de las delicias del Poder, ocultan la soberbia, la ambición y la consigna del masonismo bajo la flameante casaca ministerial.

También ellos asaltaron el sagrado matrimonio, legislaron sobre la desamortización, trataron de sitiar por odio y por hambre la paz angusta del claustro, impidieron al prelado asentarse en

su silla, conspiraron en la Casa del Pueblo, y la libertad les consintió bailar danza macabra sobre las momias de los conventos, y por la libertad, desde Dios hasta el rey y desde el rey hasta el último miliciano, no dejaron divinidad sin blasfemia, ni autoridad sin atentado, ni disciplina sin quebrantamiento, batiendo, todos á una, «record» de velocidad para descristianizar, ateizar, laicizar al pueblo y llevarle al estruendoso choque del odio de las clases sociales.»

«¿Es que los curas no son ciudadanos, es que los curas, es que nosotros somos menos que Nakens, que Ferrer y que Azziti; es que por ser curas estamos privados de saber estas cosas, de enseñarlas al pueblo cristiano, de decirles cuáles son sus lobos, sus ladrones, sus salteadores, sus verdugos y sus tiranos? ¿Es que la política nada tiene que ver con el arte ó la ciencia de gobernar á los pueblos? Ya lo sé. Se nos quiere tapar la boca, no porque no tenga significación el clericalismo; no lo atacaran si no la tuviese; es porque el clericalismo, es porque nosotros, es porque yo, aquí, solemnemente, delante de esa Virgen y poniendo mi pensamiento en ese Dios que todos los días recibo en mi pecho, sin miedo á nada ni á nadie, me atrevo á decir, y como yo se atreven muchos, al «petit» Combes, al «petit» Clemenceau, al déspota democrático, al irascible, al hasta ayer y hoy tan atolondrado, al neurasténico, al reorganizador del liberalismo «enragé»: No siempre el látigo hiere al esclavo, que á veces cae sangriento sobre las espaldas del déspota religioso, y cadenas se forjaron que ciñeron después los brazos del verdugo. Pudo recordar Napoleón que la excomunión de un Pontífice hizo caer de las manos de sus soldados las bayonetas imperiales. Es que puedo ser yo uno de los profetas de tu humillación; es que como mi pueblo, como el pueblo que tú pintas y del que te burlas en medio de los vapores soñolientos del «champagne», te miro con horror, lo mismo que á un caballo desbocado y loco en medio de un salón de porcelanas... Guarda del destrozo, que hay una justicia de Dios que á todos alcanza y hiere á los fuertes más fuertemente que á nadie.»

«No será el mal mayor que se rompan las relaciones con Roma, que los religiosos sean parias errantes y bonzos sin hogar; no será el mal mayor que el templo quede sin lámpara y sin creyentes el santuario; no será el mal mayor el que Cristo y Barrabás, sean manifestos al pueblo con igual derecho, con idéntico certificado de conducta; no será el mal mayor el que veamos despedirse para siempre la gloria de nuestra tierra emigrando hacia las pampas y bosques incultos de infidelidad, no.

El mal mayor será todo eso, y sobre todo eso caer en la cuenta de que, desquiciándose todo, era el mal mayor la transigencia culpable que no lo trajo... Cuando se acerque ese mal mayor tan espantable, tan temido, ya nos defenderán aquellos á quienes hicimos el caldo gordo con las transigencias; ya pondrán el cuello á las espaldas aquellos que vinieron buscando en el campo católico una robustez que se les iba acabando... Ya veréis qué adhesiones, qué

lágrimas y qué consuelos á nuestro Padre, al Santísimo Padre, intransigente (al fin es Cristo en la tierra) intransigente con las malditas sutilezas...

Si no tenemos más ideal que la trayectoria de una bala, conservar nuestras haciendas y esperar en el hombre; si no hay más ideal que ese... yo quisiera terminar en este punto y concluir diciendo: «En nombre del Cristo crucificado, en nombre de la madre cristiana que nos dió el ser, en nombre de esa tierra que cubre con polvo de batallas y de glorias los huesos de nuestros mayores, en nombre de la sangre de los mártires, dejad este campo; tenéis en frente el de los que llevan la de ganar; pasaos á él; pero no me habléis jamás del laurel de la grandeza ni del Cristo que dió, en manos de sus enemigos, por salvarnos, hasta la última gota de sangre de sus venas...»

Pues bien: ese cura tan cínico, tan desvergonzado, tan *cura*, en fin, ha cantado la palinodia cochinamente.

Mas como este punto se trata en el artículo que sigue, me limito á decirle: «¿Cómo has podido dudar ni por un instante, so rabanero, que yo no soy más que tú y todos los de tu laya, en todo y por todo? Yo, y cualquiera otro seglar.

Y si no, vamos á cuentas:

¿Ofrecemos nosotros á los tontos valores espirituales imaginarios, para sacarles dinero real y efectivo? ¿Vivimos del trabajo ajeno? ¿Manejamos la ganancia del Paraíso para abrir las arcas de caudales aquí abajo? ¿Debilitamos con venenos religiosos los espíritus para enflaquecer y dominar los cuerpos?

Pues si nada de esto hacemos, ni de nada de esto vivimos, compararnos á los curas es inferirnos ofensa terrible, rebajarnos de la categoría humana á la clerical...

Y esto ¡voto á una espuerta de solidos pringosos! no estamos dispuestos á tolerarlo sin formular la más enérgica protesta.

EL ALCANCE DE LOS TIROS CLERICALES

Los sermones de Ceuta y de Begoña que han excitado la persecución del gobierno, han puesto de moda una de las mañas clericales.

Ambos oradores, al ver la cárcel abierta para sus reverencias, se han apresurado á decir que sus palabras no tenían el alcance que se les ha atribuido; que no tuvieron intención de injuriar ni de agraviar á su majestad ni á sus ministros; en fin, que su espíritu era *manso* y *humilde* como propio del predicador cristiano.

El gobierno parece darse por contento y pagado por tales declaraciones, como si el gabinete estuviese compuesto de benditos nenes de cinco años, recién venidos á este mundo clerical.

Es preciso fijar la atención pública sobre estas mañas clericales del gobierno y de los sermoneros, pues tan clerical

es eso de fingir hombría de bien el orador maligno atribuyendo á la malicia del auditorio el veneno de sus palabras, como el *candor* del gobierno de darse por pagado con tales excusas.

Estas excusas son la salida por la tangente de los frailes y clérigos lenguaraces de todas layas. Con ella respondió gazmoñamente al tribunal el abad de Soria en el proceso por injurias contra el Sr. Ayuso. Con ella respondió el Papa á la querrela que le presentó Alemania por los agravios contenidos en su Bula Borromeana. Es táctica jesuítica; disparar el tiro: si da en el blanco, se ufanan de la puntería; si la bala rebota, al darles en las narices, salen con el parche de la *recta intención*. La *reserva mental* les sirve de medio para mentir y disfrazar sus intenciones; ellos, los pobrecitos oradores, injuriadores y calumniadores, daban á sus tiros el sólo y sencillo alcance de herir y destrozar al enemigo; pero no el alcance de que por ello hubiesen de ir á la cárcel á aguantar las represalias.

El palo clerical no aguanta nunca su vela: está acostumbrado á que se la aguanten los otros. Su costumbre es contraer deudas en nombre de Dios y de los santos insolventes, sin domicilio conocido: «Dios os lo pagará... en el otro mundo...»; no dice *pagaré yo* con mi bolsillo ó con mi pellejo, sino *Dios pagará, San Antonio bendito pagar, hará ó dirá...* El cobra acá y previamente la comisión del negocio; el capitalista Dios y el banquero Antonio... se evaporan, no pagan; de sus deudas nada quieren saber la Iglesia ni el clérigo.

De igual modo difaman, calumnian, atropellan é insultan en nombre de Dios, sabiendo que los hombres no podrán cobrar á los dioses sus infamias é insolencias. Pero, al cambiar los tiempos y al entrar el período parlamentario en que el *ministro es responsable* de los actos del soberano, y el ministro de Dios se hace responsable legal de las insolencias, infamias y bellaquerías de su Dios, intentan rehuir cobardemente la responsabilidad.

A esta perfidia deben responder los tribunales con la seriedad debida. O hay agravio ó no, en las palabras de esos deslenguados: si lo hay, ¡á la cárcel, como cualquiera hijo de vecino. La justicia no encierra la *intención aquella santa*, sino las palabras malvadas y los efectos ponzoñosos.

Y si los tribunales y el gobierno, prevaricando contra su deber, dejan desamparado el honor de los ciudadanos ante los atropellos clericales, será cosa de que el pueblo supla en virtud de su derecho eminentísimo é imprescriptible, superior al del gobierno y al del magistrado, las culpables omisiones de la autoridad, castigando *por sí mismo* con legítima autoridad los abusos que dejan impunes sus delegados los gobiernos, respondiendo á los *tiros* y *alcance* del predicador con los patatazos y estacazos de razonable alcance y puntería.

Y si entonces el tribunal procede contra el pueblo, será cosa de ejercer contra las autoridades la acción popular, persiguiendo la prevaricación hasta hacer proclamar claramente, escuetamente y solemnemente, la bancarrota de la justicia en España, y la patente de corso que el Estado otorga á tribunales é Iglesia para toda cuenta de delitos.

El alcance de *este tiro* podrá no ser muy largo en el primer momento, pero llegará hasta San Pedro al día siguiente.

Un obispo preso en Rusia

Tampoco los obispos se libran ya de las garras de la maldita justicia. Así es como el obispo Miguel ha sido preso en la frontera finlandesa y conducido bajo escolta á San Petersburgo á responder de un proceso criminal que se le sigue por injurias al zar en un folleto intitulado *El zar sin corona*.

He aquí la desgracia del obispo: no haber sido español.

NUEVAS CAMPANAS

El 10 de los corrientes fueron bendecidas las campanas de la Iglesia de los Angeles de Madrid, asistiendo como madrinas, en representación de las reinas D.^a Victoria y doña María Cristina, las condesas de Torrejón y de la Corzana.

(Fotografía del Nuevo Mundo.)

¡Loado sea Dios y la santísima democracia canalejista, pura y limpia de mancha antes del parto, en el parto y después del parto! Porque el preñado anticlerical que lleva en su seno fruto es del Espíritu Santo romano, que ha dejado intacto su velo virginal.

Dejemos á nuestro afortunado colega *El Liberal* el trabajo de velar por el cumplimiento de la ley del *candado*, que la virgen democracia-monárquica se ha vestido como cinturón de castidad, y cuyo rabillo, en poniéndole almohada debajo de los lomos, deja expedita la prohibida entrada al miembro pontificio para ir engendrando frailes y monjas á medida de su potencialidad. Riña el colega, ¡él, que es oído en el Olimpo de los dioses patrios!, por si en el palacio de los Duques de la Conquista, cerca de El Ferrol, se instala un nuevo convento de mari... no sé cuántos, que habitan en Baltar; que á nosotros, juglares del desierto, no nos toca sino cantar trenos sobre las ruinas de nuestra Jerusalén, que ha dejado ya de ser nuestra para ser de *los otros*.

Benditas seas, nuevas campanas de *Los Angeles*, y bienvenidas seas al nutrido coro de vuestras hermanas, á cantar juntas la piedad, devoción, celo, fervor, santidad y cristiana picardía del jefe pontificio y concordado del anticlericalismo, D. José Canalejas Méndez, que Dios guarde.

Vosotras, campanas gratisonas, dulcí-

sonas, armonísonas y melodísonas, seréis desde ahora la representación eutérica de las santos y santas de vuestra iglesia; seréis las portavoz de los curas de la parroquia y de las beatas feligresas; vosotras seréis sus embajadoras en el sacro bai e matutino y vespertino que en los c mborrios de las iglesias y conventos de Madrid celebra diariamente la Iglesia, con jolgorio de estrepitoso campanilleo.

Vosotras sois la armadura metálica y el vestido de bronce de vuestros representantes; sois las faldas de metal que contiene el espíritu vibrante, y en su seno el sagrado badajo, signo viril de vuestro feminismo acústico. ¡Oh, imágenes! ta a es, elegantes y esbeltas! ¡Oh, símbolos deshonestos de la honestidad clerical!

Bien pronto os veremos entregadas al contoneo provocativo de vuestros rezos ó á la vertiginosa danza de volatineras, menando en furiosa orgía el prepotente badajo colgado de vuestro pudor.

Vosotras sois los frailes y monjas danzantes y cantantes, que lanzáis de uno á otro campanario los efluvios de vuestro genetismo acústico, en los ecos de vuestros sonidos, mezclándoos, conjugándoos, entregándoos á frenético connubio. ¡Dilin! ¡Dilin! — cantan las monjas y eunucos yendo á despertar al tripudo obispo, al ventruado canónigo y al fornido fraile dormilón, cuyos badajos responden majestuosos y solemnes á los requiebros monjiles: ¡Dolón! ¡Dolón! ¡Dolón, dilin! Dondilindondilin..., dondilindando y dindolondando en epitalamio eterno...

Y cada día vuestros cánticos, ora alegres como de amorcillos juguetones, ora lúgubres como de machos y hembras suplicantes, ora siniestros como de buhos y lechuzas y lobos y ranas nocturnas, ora fatídicos y esglañantes como rugido de fiera; cada día estos vuestros cánticos forman sobre la ciudad el lecho acústico, la red acústica, por la cual flotan los espíritus de frailes y curas y monjas y beatos, envolviendo al pueblo bajo el murmullo de vuestras canciones.

Campanas... lenguas lujuriosas de la Iglesia, cantad, rugid, bailad, predicad...

Asaltad cada mañana las ventanas de los enfermos liberales, rompiendo su sueño, llevando á sus oídos con vuestros ecos la maldición y tormento eclesiástico.

Asaltad con vuestras ondas la alcoba de los jóvenes esposos liberales, para rugir anatemas contra su amor...

Cantad, rugid, danzad todas juntas en danza descompasada y atronad los espacios cantando el trágala al pueblo español, recordándole que es esclavo de la Iglesia, siervo de la Iglesia, paria de la Iglesia, irrisión de la Iglesia, juguete de la Iglesia, maniquí de la Iglesia, feudo de la Iglesia, patrimonio de la Iglesia, comedero de la Iglesia y paraíso del desenfreno clerical.

Cantad, rugid, á todas horas: ¡Esclavo, vive todavía el tirano! ¡Víctima, se ríe el verdugo!

Apagad con vuestro estrépito el gemido del anciano moribundo, el lloro del pequeñuelo solitario, el suspiro de la mujer famélica... Gritad y ahogad con el ruido estos llantos, que nadie los oiga y sólo se os oiga á vosotras...

Que nadie vea morir en la guardilla despoblada al viejo desamparado; que nadie vea á la madre desnuda llevar su hijo al torno del hospicio; que sólo se os vea á vosotras acompañadas de vuestras aristocráticas madrinas.

Y sea vuestra primera embajada ir á la calle de las Huertas, asaltar los balcones del presidente, y decirle:

— ¡Jefe pontificio anticlerical! ¡Demócrata aristocrático! ¡César liberal! ¡Patriarca radical! ¡Gracias! Nuestro coro se va robusteciendo.

RICARDO MAYOL

¡VALIENTE PAR!

El cura de Alboraya
contra el gobierno habló, y pasó la raya.

Y el cura de Begoña
jugó con Canalejas á la toña.

¡Do estar an los tales.
si fuesen oradores radicales?...

El cura de Begoña
todo lo toma, por lo visto, á coña.

Y el cura de Alboraya,
por lo visto, lo toma todo á vaya.

Es os curas guasones,
sólo viven en débiles naciones.

El cura de Alboraya
llamó á Pepe «español de mala laya».

El cura de Begoña
«borrachón de Champagne y de Borgoña».

Pero, aun con tanto insulto,
ambos á dos escurrirán el bulto.

El cura de Begoña
creo que la Gramática emponzoña.

Y el cura de Alboraya,
creo que dice «haiga» en vez de «haya».

A estos Bossuets de lance,
no hay en tura y saber que les alcance.

El cu a de Alboraya
desde el púlpito roge, ladra y maya.

Y el cura de Begoña
en el sermón ataca «sin vergoña».

¡Oh, pareja bravía!
¡Si yo fuese el fiscal, yo os lo diría!

.....

Y basta de dar vaya

al cura de Alboraya,

y de «tomar la moña»

al cura de Begoña.

Lo preciso es, amables e iaturas,

que vayan á presidio estos dos curas.

LUIS DE TAPIA

Congreso de religiones

Háse celebrado en Berlín el de los
«Cristianos libres», tomando parte los

antitrinitarios, unitaristas, ortodoxos, evangelistas de Bohemia, luteranos y otros, algunos fakires y un brahmabud.

Discutieron sobre la Trinidad, sobre la divinidad de Cristo, sobre el valor de las Escrituras y demás fantasías cabalísticas.

El acuerdo unánime fué de seguir cada cual trasquilando las respectivas ovejas, manteniéndolas en la santa y provechosa fe religiosa, sin la cual no hay presupuesto, ni ofertas, ni medio de vivir sin trabajar.

La víctima de las monjas

Inútilmente leemos y releemos la prensa diaria en busca de las gratas noticias:

«El Juzgado de Getafe ha ordenado la incomunicación del médico, enfermeras y directoras de las Oolatas.»

«El Juzgado de Getafe ha dictado auto de procesamiento contra el Padre Matías y contra el director espiritual del convento.»

«El Juzgado de Getafe ha reclamado la comparecencia en estrados de las señoras beatas que se dedican á la recluta de monjas.»

Pasan los días y las semanas y ¡nada! ya apenas se hab'a de ello.

Aquel ataque formidable á la bayoneta, aquella acción combinada de la prensa, aquella gritería de días pasados, háse diluido casi por completo; Teresa Torres queda enterrada en el cementerio, y su espíritu brota del sepulcro para rezar devotamente:

¡Dios mio, qué solos
se quedan los muertos!

Permítannos aquellos bravos compañeros que les recordemos la triste celebridad que los españoles tenemos adquirida en el extranjero: *hervor de un día*. Mucho ruido y pocas nueces. Salieron en formidable escuadra de acorazados, torpederos y submarinos, los rotativos de Madrid: formóse un nubarrón preñado de truenos y relámpagos: ¡No teman! ¡Nubes de verano! ¡Cosas de la prensa española!

Ea, señores reporters de la prensa: ustedes que levantaron la liebre y que tan hábilmente la acosaron en su misma cama: ¿qué hay del proceso?

Es hora de librar la batalla al clericalismo, y no batalla de Pacos que surgen y desaparecen, sino en columna cerrada: al que vuelva atrás, hay que fusilarle.

Las batallas de la prensa no se riñen de ese modo, levantando la liebre y dejándola luego campar por sus respetos en las espesuras de los secetos oficinescos: hay que seguirla, hay que matarla.

Así la prensa alemana logró ver en la barra al omnipotente Endelburgo sin que le valiera la corona de príncipe. Así

la prensa francesa logró la revisión del proceso Dreyfus, la publicidad de la causa secreta de Madame Stheinel, el encarcelamiento del banquero Rochete, la expulsión de Montagnini, lo del Panamá, lo de Sor Cándida y otros mil.

Así se hace la campaña, dándole un día y otro, atacando á cuantos deben intervenir y no lo hagan debidamente hasta derrumbarles; descubriendo complicidades, persiguiendo ramificaciones de los criminales en el subsuelo de las oficinas y de la sociedad honrada; no dejando pasar ripio sin examinar... Así se hacen las campañas periodísticas; así se sirve al público; así se cumple honradamente el compromiso contraído con la opinión y así se ejerce el sacerdocio de la prensa, elevándola al nivel donde no alcanza la bota de La Cierva ni el salvazo de Maura.

El hecho de las Oblatas es un caso de los que caen pocos en libra. La prensa debe aprovechar esta ocasión en que el crimen conventual ha rezumado fuera de las misteriosas tapias: y si, contando con los grandes elementos aportados al proceso por la casualidad se desprecia la ocasión, ¿para cuándo se guarda la habilidad y celo profesional?

El pueblo español necesita saber si cuenta con una prensa anticlerical competente y decidida; necesita también saberlo el mundo, ante el cual la prensa nacional está con muy mejorable crédito. Es preciso demostrar que la prensa española no es una tapadera hermética de los chanchullos. Nosotros exhortamos á los que pueden hacerlo á proseguir con ardor esta campaña hasta el fin, sabiendo de antemano que el triunfo de las Oblatas es la derrota de la prensa y el sobreseimiento de la causa será la losa sepulcral del valor de la prensa liberal española.

En lo que da de sí un semanario, EL MOTIN sostendrá este fuego sagrado: Teresa Torres está sepultada; pero la justicia de la causa está insepulta.

No valdrán á las Oblatas sus artificios para rodear de secreto la vida de la casa.

Teresa Torres no tuvo tiempo de hablar: tampoco podían hablar las reclusas de los conventos, que saben cuán caras pagarían las declaraciones contrarias á las monjas en esta sociedad que las dejaría atadas á ellas.

Pero hay por esos mundos muchas víctimas escapadas de aquel cautiverio, y algunas se disponen á hablar (no queremos citar nombres, antes de los hechos para evitar que las piadosas damas clericales corran á poner mordaza á estas víctimas). Al publicar esta noticia, todo anticlerical está en el deber de animar á las jóvenes que hubiesen pasado por aquellos centros, á declarar por su parte lo que sepan y entiendan de las fieras esas.

Los grupos liberales deben ser los baútes de apoyo de esas víctimas, am-

parándolas cuanto fuere preciso contra la venganza clerical.

Compuesto el anterior artículo leo en *El País* los dos que á continuación inserto y que me hacen esperar que la campaña se reanude con más brío que antes.

Lo de las Oblatas

El asunto marcha

No nos hemos vuelto á ocupar de la información que emprendimos, con motivo de la muerte de la infortunada Teresa Torres Martín, para dejar al Juzgado instructor trabajar y ver por dónde iba, sin necesidad de nuestros requerimientos.

Como ya dijimos, el juez de Getafe, Sr. Muñoz, emprendió el asunto con algún interés, y cuando uno de nuestros redactores, en unión de los Sres. Moyrón y Villa, redactores de *El Radical* y *España Nueva*, respectivamente, declararon ante la autoridad judicial, parecióle á ésta de sumo interés las manifestaciones que le hicieron, y hoy, en la escribanía del Sr. Taracena declarará en el sumario, en virtud de un exhorto del Juzgado de Getafe, nuestro compañero Merelo, acerca de la información que realizó en Ciempozuelos, cuando visitó á las monjas Oblatas, así como acerca de cuanto le dijeron las madres aquellas respecto de la desventurada Teresa Torres Martín.

Como se ve, el asunto no ha muerto; continúa tan interesante como comenzó, y esperamos que de él salga el esclarecimiento de la verdad.

Por otra parte, el abogado de la familia de la asilada, nuestro querido amigo y correligionario Sr. Barriobero, hoy se traslada á Getafe para enterarse de la marcha del sumario.

Además, una señorita residente en Toledo, al tener conocimiento de este misterioso suceso y de la intervención en él del Sr. Barriobero, ha escrito á éste solicitando verle y declarar en la causa, por haber sido compañera de Teresa Torres Martín, durante el tiempo que permaneció en el convento de las Trinitarias.

Se esperan con suma curiosidad las manifestaciones que haga la señorita á que aludimos, pues, como ella asegura, revestirá importancia su declaración.

Nuestros lectores tendrán conocimiento de cuanto se haga en este asunto, pues de él nos ocuparemos con el detenimiento de siempre.

La vida en las Oblatas

contada por la educanda María Domínguez

El País del 22 de Agosto:

«Nos levantamos á las cuatro, según costumbre; rezamos, mejor dicho, rezaron el «angelus», dando gracias al Dios Todopoderoso por habernos dejado dormir sin colchón (que conste: las camas de las asiladas no tienen colchón), y nos dirigimos, con mucho recogimiento, á la capilla-oratorio, todas en fila, y ¡cuál sería mi sorpresa al ver que

dos compañeras llevaban á la espalda un cartel con el siguiente rótulo: «Castigada por ladrona!»

No me atreví á preguntar á ninguna, y entramos á oír la sagrada misa, que, entre rezos y mojigangas, duró hasta las seis; salimos y, con mucho silencio, nos dirigimos á la clase de las toquillas, pues cada clase de trabajo está separada. Una servidora, como no quería estar siempre allí, y no quería que nunca pudieran echarle en cara que la mantenían, trabajaba con la ligereza que mis manos me lo permitían, llegando á hacerme tres toquillas en un día, cosa que no tendrán cara para negarlo. Dieron las ocho, y una campana anunció que el desayuno nos aguardaba; nos dirigimos al refectorio y allí había tres filas de mesas, pues éramos 130, y después de bendecir una monja, desde un púlpito, nos sentamos á tomar una taza de agua teñida de café, sin azúcar, y tres onzas de pan. En fin, pasamos la mañana trabajando y rezando, pues para que no hablemos, las asiladas han de rezar en voz alta.

Llegó la comida, nos dieron sopa que no tenía más que agua y pan, y para que se comprenda mejor, diré que la traían del hospital, y la añadían agua caliente para que hubiera bastante. El cocido del mismo sitio, con una caldera de acelgas que cocían en casa, y lo mezclaban; principio de calabaza y tomate, sin aceite, con un poco de sangre de res, y las tres onzas de pan. El resto del día lo pasamos del mismo modo, si se exceptúa que después de comer nos sacaban media hora por la huerta; y por la noche sopa otra vez y una cebolla cocida entera.

Y si á esto se añade los martirios que propinan las buenas oblatas, se comprenderá fácilmente que la desgraciada Teresa Torres haya tenido tan triste fin.»

Esta declaración no es de la joven á quien aludimos antes. Anímese María Domínguez á explicar esos martirios.

El crimen de Gador

El 27 de Junio último un niño de siete años, de Gador (Almería), era secuestrado, metido en un saco, matado de una puñalada al corazón; su sangre caliente fué bebida por un enfermo y sus mantecas fueron aplicadas como parche al paciente, todo por prescripción de un curandero.

La opinión pública se ha exaltado contra los varios criminales que han intervenido en el hecho; y sin ánimo de desvirtuar en lo más mínimo el horror y repugnancia de tal crimen, preguntamos: ¿qué escuelas han frecuentado los criminales? ¿á qué religión pertenecen? ¿quiénes les han imbuido esas creencias criminales?

Sus retratos, publicados por la prensa, presentan tipos que no tienen más anormalidad que la de la incultura y de la miseria. La Antonia López, encubridora, tiene una fisonomía de aldeana rezadora como cualquiera devota; el enfermo, Francisco Ortega, revela en su frente capacidad mental suficiente para

no ser considerado como degenerado; la Agustina Rodríguez tiene cara de perfecta mogigata; la Elena Mata lleva la muerte en el rostro; los demás son tipos hambrientos, extenuados, atontados por la falta de cultura alimenticia y cerebral.

Creyeron en la eficacia de la medicina, como creen en el infierno, en las virtudes medicinales de las novenas y triduos, en los escapularios y medallas. Creen que cometieron un crimen, y creen también que con confesarlo les queda perdonado.

Ante esos hechos, si es criminal y salvaje la primera creencia, lo es mucho más la segunda.

Esos individuos no han sido *corrompidos* por la *escuela laica* en donde se enseña a mirar como estafalarias las curas de los santos, de los diablos y de los hombres curanderos. Ellos habrán oído cien sermones, habrán confesado cien veces... y, sin embargo, han sacado *esa moral...*

Antes, pues, de acusar á los reos, conviene examinar si antes de ser reos no han sido víctimas del *estado social*: si así fuese, la pena correspondiente al Estado Católico, no la deben pagar los inducidos por él al crimen, cometido por ignorancia invencible. El castigo hay que extenderlo á esos otros culpables.

NO HAY QUITES QUE VALGAN

El ilustre escritor J. Ortega Gasset, ha publicado el primer artículo de una serie en que se propone estudiar el estado nacional.

En ella parece intentar quitar importancia á la cuestión clerical, insinuándolo en estos términos:

«Es curioso que los jesuitas, para tener á quien combatir, y de este modo agenciarse una aparente fisonomía, han tenido que galvanizar la fantasmagoría cadavérica del masonismo. Del mismo modo, los radicales españoles quisieran convencerse á sí mismos de que la causa de todo está en la superabundancia de Ordenes religiosas. ¡Ojala fuera así!»

No conocemos estadista alguno radical que crea que *todo* el remedio de los males de España está en la política anticlerical, únicamente.

Lo que sí se cree es que el clericalismo viene á constituir un *ganglio* en el cual afluyen, se combinan, fortifican y vigorizan todos los nervios del cáncer universal «difuso» que devora el organismo nacional, y que por esto *ahí* debe enfocarse la política redentora é higienizadora de la Patria, por modo urgentísimo.

Y está en la conciencia de cuantos han estudiado hondamente estos problemas, que sólo atacando este centro gangrenoso quedará expedito el camino para atacar aisladamente los otros males, así como que es inútil todo intento de cura mientras no se extirpe este tumor.

Esperamos que el Sr. Ortega Gasset oriente su estudio á partir de estos principios que le permitirán ver la raicilla *clerical* en muchos males al parecer independientes del clericalismo.

Para los asesinos

«Los mauristas, como homenaje al asesino de Ferrer, invertirán los fondos recaudados en una fundación de carácter social.

Suponemos que harán un asilo para recoger á las viudas é hijos de los asesinados por Maura en Barcelona, de los que cayeron en Infesto, Salamanca, Jumilla y Valdeorras, de los que perecieron en el barranco del Lobo y en el del Jemís.

Tampoco estaría de más recoger en él á los estafados por parientes y amigos de Maura en el Monte de Piedad de Jerez.

Eso, que sería un tributo á la inmoralidad y salvajismo del último gobierno maurista, constituiría una expiación.»

¿Sirve la idea?

Esto es de España Nueva.

Muy bien, colega; pero muy rebien.

Milagro que no parece

Hay á dos kilómetros de Gandía una ermita, y en ella una santa que le da quince y raya en lo milagroso á la más acreditada del ramo: Santa Ana.

La bajan á la ciudad muy de tarde en tarde, previa acta notarial y entrega de 65 duros, y le dan de plazo *solamente* siete meses para que perpetre el milagro de hacer que descienda á la tierra el agua del cielo.

Muchos impíos dicen que, dándoles ese plazo, ellos se comprometen también á milagrear; pero esas son jactancias propias de gentes condenadas ya á cochifrito perpetuo.

Ahorase hallan contentísimos porque Santa Ana está avecindada en Gandía desde primeros de Mayo, y á pesar de la procesión y de los cánticos con que la obsequiaron á su llegada, y de la infinidad de misas, sermones, novenarios y demás obsequios que le han disparado después, ni se da por enterada, ni lleva trazas de interesarse por los campos de aquel feudo jesuítico.

Y todo se les vuelve á los impíos dar bromas á los clericales, y soltar alguna pullita suave á la santa huésped, y divertirse honestamente á costa del prestigio de la religión de nuestros mayores, que tan necesaria le es al hombre para embrutecerse, quedarse sin dos reales y perder hasta la noción de que existe una cosa que se llama sentido común.

Si la seguridad de que serán terriblemente castigados en la otra vida, que no existe, habría para renegar de la justicia divina, que tampoco la ve nadie por parte alguna.

Campaña anticlerical

—¿Cuántos frailes han sido expulsados?

- Ninguno.
- ¿Cuántos conventos han sido cerrados?
- Ninguno.
- ¿Cuántos obispos conspiradores han sido extrañados del reino?
- Ninguno.
- ¿Cuánto cuernos lleva en la frente el pueblo español?
- Muchos.
- ¿Cuántos años, meses y días durará su paciencia?
- Nadie lo sabe.

Una idea

Está visto que el Nuncio de S. S. no sale de España ni el representante del gobierno español sale del Vaticano.

Canalejas afirma que tiene á su lado la opinión del país.

Está clarísimo que el país anticlerical se puso al lado de Canalejas para ayudarle á realizar lo que tenía prometido, y no para dejar de realizarlo.

¿No sería conveniente promover una *manifestación del país*, de aplausos á Canalejas por sus buenas palabras y de protesta por sus malas obras, para desatascar el carro anticlerical del gobierno, conminándole con dejarle entregado á las iras de las derechas si en un *plazo fijo* no presenta el programa de lo que se propone realizar en plazo igualmente fijo?

Parada de tren

- ¿A donde va Canalejas?
- Camino de Canosa.
- ¿Está muy lejos?
- La estación próxima.

Alijos "concordados,"

Leo:

—TALAVERA 19

Desde hace algunos días corre con insistencia el rumor de que los padres Agustinos, establecidos en esta población, han recibido gran cantidad de armas de fuego, cuya entrega les facilitó un conocido comerciante de ferretería, que las declaró como artículos de su comercio.

Con este motivo reina gran excitación entre los elementos radicales.

Igual noticia nos trae *El Pueblo* de Alicante, de un alijo para los frailes de Campello.

Este tanto denunciar alijos de armas para los frailes, y este tanto estar duermes del gobierno, son capaces de escamar al más flemático.

¿No habrá ningún centro radical que haga la prueba de un alijo, para *probar* si la cachaza del gobierno reza sólo para los frailes? Porque la alianza Coloma-Maura-Canalejas por ahora va adquiriendo fama que justifica cualquiera temor.

¡SÓLO PARA HOMBRE SICALIPSIS MONASTICA

E Infinito-Obsceno

Aquæ furtivæ dulciores.
(Sagrada Biblia.)

«¿Qué hace una monja toda su vida detrás de unas rejas gangueando latines?»

Esta pregunta se hace valentónicamente Valencina en sus *Cartas á Teófila* (página 430). La respuesta que da á Teófila es capuchina, ó sea estrafalaria: la verdadera se halla en otro libro. Sor Margarita nos dirá lo que hace la *monja gangosa*.

Ya hemos visto lo que siente dentro de su cuerpo: el demonio latiendo en sus propias carnes, absorbiendo el cerebro y toda la actividad mental y orgánica, «atizándola», irritándola y deses-perándola. Esta alucinación no para ahí en los órganos y en la sensibilidad interna, sino que se convierte, por así decirlo, en envoltura de todo el cuerpo, adecuándose á cada uno de los sentidos, para transformar en sensaciones demoníacas de obscenidad las impresiones de los objetos más castos y puros. Los ojos no verán más que el demonio, los oídos sólo le oirán á él; el olfato y el tacto, la sensibilidad térmica, en fin, todo el sistema nervioso periférico, va á perder las facultades normales, para convertirse en órgano multiforme del sentido demonista.

Las infelices monjas pueden aplicar al Diablo la frase con que San Pablo explica la ubicuidad de Dios: «En él vivimos, nos movemos y existimos.» El *diablo* vive en el mundo monjil, como Dios en el universo, todo en todas partes, por esencia, presencia y potencia. Ese «dios inmundo», al igual del otro Dios, en el hielo no se refrigera, en el sagrario no se santifica, en la legía no se lava.

He aquí el complemento del fenómeno y de la labor del fraile: el término de la *obra espiritual*. El religioso ve, siente y halla á Dios en todas partes; la monja, al revés: en todo halla el diablo. Ya vimos cómo ella se encuentra convertida en *piano* manejado por el diablo de sus propias carnes; sus órganos son las teclas, los nervios son las cuerdas; los centros psíquicos y sensitivos son los pítos vibrantes y sonoros. Y ahora va á ser la misma *Sor Margarita* la que nos va á referir el desbordamiento de esta alucinación alrededor de todo su ser, hasta llenar todo el convento y todo el universo.

He aquí sus propios términos (páginas 219 y 220):

«Temía como la muerte que usted me escribiera sobre las obligaciones de la castidad, porque soy algo tentada contra esa virtud, mal inclinada por natu-

raleza, y predispuesta á experimentar sensaciones que me fastidian y martirizan hasta el extremo de no poder hablar con nadie, ni mirar nada, ni mostrarme cariñosa, ni tener esas expansiones naturales de júbilo que todas tienen. ¿Qué más? *Hasta en la oración, hasta en la sagrada Comunión, hasta cuando siento algún consuelo espiritual*, toma parte el cuerpo, y eso me fatiga y me apura. Y me hace creer que estoy dejada de Dios: y debo estarlo, cuando los confesores me dicen que deje la oración y las comuniones, si siento esa mala impresión en ellas.

«Pero todo eso, es contra mi voluntad; yo aborrezco eso que siento, amo con delirio la castidad, y por ser pura como un ángel y no sentir lo que á veces me pasa, daría un ojo de la cara. Y á pesar de eso, cuanto hago, me lo dan por pecado, y yo no puedo estar en recreo como las demás, no puedo hacer lo que ellas hacen, no puedo jugar como ellas juegan, porque dicen que, dada mi fragil condición, esas cosas que siento son pecado, por dar yo motivo para sentir las y ser la causa de que me sucedan. Esperaba que la carta de Vd. me diera alguna luz ó algún consuelo; mas al leer en ella que somos culpables de los movimientos desordenados, *no quitando la causa que los produce*, me morí de pena y por poquito me vuelvo loca. ¿Pues qué me hago yo ahora? A mí el ver, el hablar, el oír, el asearme, todo me sirve de tentación: *hasta las imágenes de los santos, hasta la vista del Redentor es causa de que se vale el demonio á veces para tentarme*: ¿qué hago pues? ¿Lo dejo todo? ¿Lo quemo todo? Y si no, ¿qué he de hacer? ¿Qué remedio me queda? Escondarme en un rincón donde ni vea, ni oiga, ni entienda, ó desesperarme de una vez.»

¡.....!

Huelgan los comentarios. Para estas vírgenes de estilo frailuno, la inocencia se ha convertido en el non-plus-ultra de la malignidad obscena. «Los mismos santos, el mismo Cristo, el confesor, la comunión misma y la oración» todo se halla impregnado de obscenidad. Las imágenes aparecen ante ella en posturas obscenas, gesticulando obscenidades, provocándola á la obscenidad, persiguiéndola en todas partes y á todas horas.

Para ella el Universo se ha convertido en una eterna sabatina de brujesca lujuria, pero lujuria inmunda, alejada de toda idea de fecundidad, lujuria de placeres viciosos, de vértigo insano, de delicias de sátiro.

Ahí está el «demonio obsceno encarnado»; todo es obscenidad; nada halla *inocente* y *casto* en el mundo, ni el mismo Dios, ni la misma Hostia consagrada; ángeles, demonios, vírgenes, plantas, animales, hombres, todo es foco de obscenidad; su propio cuerpo, sus pensamientos, sus deseos, sus palpitaciones... ¡Desgraciada! Y esta es la virgen que ama impura á la madre, á la esposa y á la novia; ésta es la que se llama virgen y esposa de Dios... agitándose en un volcán de lujurias... ¡Desgraciada!

No es el mundo impío el que lo dice; es el propio Valencina, en un libro «en-

riquecido con indulgencias de los obispos de España, concedidas á las religiosas que hicieren en él un rato de lectura» «por cada capítulo y aun por cada hoja.»

..

Y henos aquí en otra cuestión importantísima.

Esta descripción de la manera de hallar la obscenidad en los actos más sagrados, se da á leer á las monjas, juntamente con la *benedición del Papa* (Prefacio.) En ocho años se han hecho seis ediciones.

Esta descripción ultra-erótica, no puede menos de excitar nerviosamente la curiosidad de las lectoras. ¿Cómo han de leer estos y parecidos párrafos? El Provincial nos lo dice en la pág. 168 de sus *Cartas á Teófila*: «es preciso leer bien, leer despacio, con reflexión, rumiando las palabras y los pensamientos más provechosos para detenernos en ellos...»

Reflexionad, vosotros, lectores míos; *rumiad* atentamente los pensamientos esos, imaginando qué clase de posturas toman las imágenes, el Cristo y el Redentor para excitar el erotismo monjil; qué debe sentir ella en la comunión; cómo debe mirar al confesor; qué miembros y en qué actitud y forma debe ver los de las monjas... *Rumiad*... bien...

Pregunto ahora á los psiquiatras; ¿qué efecto han de producir en las lectoras esas ideas de sublimado erotismo, sino el de dejarlas contagiadas de esta *visión* infernal? Cuando la lectora haya *rumiado* bien esos pensamientos, profundizándolos debidamente, no sentirá también animarse las imágenes hasta entonces inertes, para gesticular esas obscenidades?...

¿Veis ahora el verdadero valor de los *besos, abrazos, palpitaciones* y de toda la sarta de fenómenos *místicos*?

Padres de familia; ahí tenéis la obra del fraile. Para atraer á este abismo de inmundicia donde se revuelcan las almas y se torturan los cuerpos, el fraile ha tejido el ramaje oratorio y poético de las grandezas y sublimidades del claustro. Mil genios de la Mística han embellecido el exterior de la vida conventual. Este artificio se halla realizado por el oro de los templos, por las músicas de Esclava y Palestrina, por los idilios de Verdagner y Santa Teresa, por el humo del incienso, por el prestigio social, por las leyes del Estado...

Vuestras hijas revolotean alrededor de ese abismo, escuchando los *silbos* de los reclamos, oliendo las emanaciones de sus flores...

scherzando intorno al foco
di due belli occhi, tanto volte e tanto
vola, rivola, e fuge, e torna, e gira
che nell' amato lume
lascera con la vita al fin le piume...

..

¿Cuáles son esos focos peligrosos? Digámoslo de una vez: el confesonario, la cofradía, el colegio y sobre todo la dirección espiritual.

Es el propio Valencina quien nos da testimonio de esto último.

En sus *Cartas á Teófila* (pág. 117) reprueba «todo incentivo de amor» «aunque sea puro y con persona virtuosa y se trate de cosas espirituales; porque el amor puede degenerar fácilmente». En otras partes, cayendo en nuevas contradicciones, sostiene lo contrario.

Pero, dejemos absurdos aparte, y limitémonos á nuestro objeto. La llama incendiaria de la dirección espiritual atrae á las mariposas para abrasar sus alas y sus cuerpos. ¿Quiénes y cuántas son las que caen? Oigámoslo.

En el mismo lugar cita este pasaje de San Agustín en sus *Soliloquios*:

«A muchos hemos visto, y de otros nos han contado, que habían subido al cielo y colocado su nido en las estrellas, y ¡ay! que no puedo acordarme de ellos sin gran temor. ¡Cuántas de esas estrellas han caído del cielo! ¡Cuántas castidades, más puras y finas que el marfil antiguo, han sido tiznadas, quemadas y reducidas á hedionda pavesa! ¡Jacobo el ermitaño después de una santa vida y de hacer muchos milagros, á los sesenta años de su edad vino á perder la castidad! San Antón cuenta de aquel su discípulo: ¡Hoy ha caído una columna de la Iglesia! San Juan Climaco cuenta de un monje que habiendo sido llevado en manos de ángeles, vino después á revolcarse en el lodazal de la impureza. Y por que no creas que faltan ejemplos modernos, yo te aseguro que en mis días he visto tronchados los cedros del Líbano y deshojados los lirios de Zabulón; he visto caídas en la impureza almas de cuya virtud dudaba menos que de la tuya.»

Si esto sabe el pérfido fraile ¿cómo es que no comienza por advertir eso á la hija de familia que trata de seducir? ¿Cómo le pinta un convento lleno de cándidas criaturas, para que luego, cuando ya no pueda salir, se encuentre en un lodazal de inmundicia donde se revuelcan los cuerpos cuyos espíritus más se habían elevado?

..

Para los profanos no puede menos de darse la explicación de este fenómeno, cuya razón está en la gran capacidad de adaptación del instinto sexual á las circunstancias. Quien quiera hallar expuesta por extenso la *escala de degradaciones*, lea el libro de Krafft-Enning, *Inversión del Instinto sexual*. Buffon señaló ya el caso del abate Cours, quien, «después de largas batallas y oraciones, veía á todas las mujeres como rodeadas de una luz eléctrica, cuya presencia le producía efectos desastrosos»; he aquí un caso del sentido de la fosforescencia sexual.

San Felipe Nerí percibía con el olfato los pecados de lujuria de sus penitentes: he aquí el desarrollo de otro sentido: el olfato de los estados fisiológicos sexuales.

San Ignacio de Loyola se absorbía como arrebatado en éxtasis á la simple contemplación de una virgen que le recordaba á una cuñada suya de quien de-

bía andar enamorado. Todos estos son fenómenos de adaptación. La homosexualidad, la bestialidad, el solitarismo y demás vicios de corrupción, por acuerdo absoluto de los psiquiatras, han sido calificados de actos de adaptación del sujeto al medio ambiente en virtud del antiguo principio: «*defectu melioris*», y en cuanto á la Mística, Neumann (*Lehrbuch der Psychatrie*) de acuerdo con todos cuantos han estudiado estos problemas, ha fallado que «el mismo significado de unión sexual simbolizada por el matrimonio entre Cristo y el alma, en tratos íntimos de esposo y esposa, es para el psicólogo prueba concluyente del íntimo parentesco orgánico entre el fervor religioso y el furor sexual.»

La hembra no está bien sin el varón. Si la apartan de todos los hombres de carne y hueso, se dará á otro sér el más próximo que tenga á mano: el fraile, la monja, una bestia, una imagen, un palo; ella se fabricará «su consorte.» Si no la dejan más que á Dios, lo verá como hombre y lo amará como hembra al varón. Si le presentan el demonio, se lanzará al demonio. Esto proclaman los hechos.

Esto atestigua el propio Valencina. Las más vírgenes de cuerpo son las menos castas de alma; viven en continua obscenidad; la ven, la oyen, la tocan, la huelen, la respiran, la beben en todas partes; el sentido erótico se esparrama por todo su sér en un fenómeno de transposición, semejante á la transposición hipnótica, y pasa á ser el sentido único. ¡La misma comunión! ¡El mismo crucifijo les excita sólo sensaciones de lujuria!

¿Hay lupanar cuyas pupilas hayan llegado á tal estado de impureza universal y constante?

Esposas del Señor poseídas del demonio del fraile; arrodilláos ante la castidad de las mujeres madres, de la mujer esposa, de la mujer amante... ¡Y de las meretrices! Sus almas son más puras que las vuestras. Ellas han comerciado con los hombres; vosotras habéis traficado con los dioses y con los diablos, con las bestias y con las plantas, en cópula orgástica sin fin. Vuestro dios, vuestra idea única, vuestra única sensación es esa: el Falos impuro, haciéndoos muecas, provocándoos, irriándoos; encarnando en el crucifijo, en el santo, en el confesor... ¡en todas partes!

S. PEY ORDEIX

Buen ejemplo

El día 6 del actual falleció en Cervera Río Añama la hija del obrero Santiago Luis.

Como, á pesar de ser muy laborioso, carecía de recursos, avistóse con el cura, rogándole que hiciese *entierro de pobre* (¡qué frasel!); á lo que le contestó, que para ello era preciso que no fuera el cadáver en una cajita que su padre había mandado construirle.

Indignado el obrero, replicóle que ni sacaba el cadáver de su hija de la caja, ni le abonaba un céntimo por el entierro, pues decidía que fuera civil.

Y civil fué, constituyendo el acto una verdadera manifestación de simpatía y sentimiento, pues asistieron más de trescientas personas, indignadas de aquella intransigencia brutal del cura y aquel apego desenfrenado al dinero, tratándose de cumplir una obra de misericordia.

El ejemplo de ese obrero digno y enérgico debe ser imitado por cuantos se encuentren en su caso, para ir bajando los humos á esos tenderos de quincalla espiritual.

«Las ruinas de Palmira»

Es tan conocida esta obra demoledora, que no necesita elogios. Las numerosas ediciones que de ella se han hecho, demuestran que no se ha escrito otra que haya minado el edificio religioso con más sólida argumentación, más sencillez y más valentía.

Para dar una pequeña muestra de su estilo, reproduzco á continuación unos párrafos del capítulo XXIII, intitulado *Identidad del fin de las religiones*:

«Entonces, y á fuerza de reconversiones recíprocas, revelaron los doctores de los diferentes cultos todos los delitos de su ministerio, los vicios ocultos de su estado, y se vió que en todos los pueblos era absolutamente idéntico el espíritu de los sacerdotes, el sistema de su conducta, sus acciones y sus costumbres; que en todas partes habían formado asociaciones secretas y corporaciones enemigas del resto de la sociedad; que se habían atribuido prerrogativas ó inmunidades, por medio de las cuales vivían libres de las cargas de las otras clases; que vegetan sin experimentar las fatigas del labrador, los riesgos del militar, ni los reveses del comerciante; que viven célibes, á fin de eximirse hasta de los cuidados domésticos; que encuentran, bajo capa de pobreza, el secreto de ser ricos y proporcionarse todo género de placeres; que con el título de mendicidad, perciben impuestos más grandes que los de los príncipes; que bajo el de los dones y ofrendas, adquieren rentas seguras y libres de toda carga; que bajo el nombre de recogimiento y devoción, viven en la ociosidad y el desenfreno de costumbres; que han hecho una virtud de la limosna, para disfrutar tranquilamente del trabajo ajeno; que inventaron las ceremonias del culto, para atraer sobre ellos el respeto popular, representando el papel de dioses, de quienes se llamaron intérpretes y mediadores para atribuirse todo el poder; que con este designio, y según las luces ó la ignorancia de los pueblos, fueron alternativamente astrólogos, adivinos y mágicos, nigrománticos, charlatanes, médicos, cortesanos, confesores y príncipes, siempre aspirando á gobernar en ventaja propia; que una vez alzaron el poder de los reyes consagrando sus personas para granjear sus favores y participar de su poder, y otras predicaron el asesinato

de los tiranos (reservándose la facultad de especificar la tiranía), á fin de vengarse de su desprecio ó de su inobediencia; que siempre llamaron impiedad á lo que dañó á sus intereses; que se opusieron á toda instrucción pública para ejercer el monopolio de la ciencia; en fin, que en todo tiempo y en todo lugar hallaron el secreto de vivir en paz en medio de la anarquía que causaban, seguros bajo el despotismo que favorecían, descansados en medio del trabajo que predicaban, llenos de abundancia cuando los otros de miseria, y todo esto por ejercitar el comercio singular de vender palabras y gestos á gentes crédulas, que se los pagaban como si fuesen objeto del mayor precio.»

No pueden condensarse en menos palabras el espíritu y los propósitos de las religiones todas, creadas para esclavizar al hombre, embrutecerle y explotarlo.

¡OH, QUE VERGÜENZA!

Sospechando que mis lectores se indignarán con el mismo gusto que yo, á continuación estampo un telegrama que con el título *Unos salvajes*, publicó *El Mundo* del miércoles último:

Los franciscanos apedreados

Anécdota de un predicador demasiado fogoso. El anticlericalismo del populacho. Los padres y los maestros. Los responsables.

Zafra 16. No ha muchos días, y con motivo de celebrarse en la parroquia de esta ciudad una tradicional fiesta religiosa, se había hecho venir de Zaragoza á un notable orador sagrado perteneciente á la Congregación del Corazón de María. Predicando una noche, y tal vez sin quererlo, llevado por la rápida fogosidad de su oratoria, abordó el peligroso tema del pudor y la castidad de las mujeres. Y con tan vivos colores pintó el descoco, de modo tan realista describió la impudicia de las modas femeninas, que á punto estuvo de levantar en el mismo templo una protesta unánime y formidable. Aquello estuvo mal, y todo el mundo lo censuró. El predicador rectificó, dió satisfacciones la noche siguiente, y aquí no pasó nada.

Pero el hecho ocurrido ayer no tiene explicación ni se consiente en ningún pueblo medianamente culto.

Una turba de chiquillos pertenecientes á todas las clases sociales, ha despedido á silbidos y pedradas á unos religiosos franciscanos que habían venido con varios escolares de Fuente de Maestre para asistir á una función religiosa que celebraron ayer las monjas Claras con residencia en esta ciudad. El bárbaro espectáculo presenciado ayer en algunas calles y afueras de esta población nos parece un síntoma de los tiempos, y hace pensar con tristeza en el fin que aguarda á nuestro pueblo.

Entraron los liberales en el Municipio para hacer nuestra felicidad, y tan bien administran, que por no tener dinero, nos suprimen la policía.

Así les alcanza las responsabilidad de estos hechos.—*Co. responsal.*

¡Qué escándalo! ¡Qué bochorno!

No me refiero al hecho del predicador libidinoso, no. Esto, por lo frecuente, carece de importancia. Si algo abunda hoy en España, son frailes y curas provocadores, insultadores y pornográficos.

Me refiero al otro hecho, al de haber silbado y apedreado á los pobrecitos franciscanos. ¡Esto sí que es extraño, inaudito, horroroso!

Y lo que agrava el caso, es que no fueron sólo chiquillos hambrientos y desnudos los que apedrearón y silbaron; si no que los hubo de todas las clases sociales... ¡Hasta sobrinos de cura tal vez!

Lo mejor de todo esto, (digo, lo peor) es que al enterarse los chiquillos de otras poblaciones, van á entrar en ganas de imitar á los de Zafra, y poner de moda las pedreas frailunas. Deseo que sea cuanto antes, para proporcionarme el placer de morir de pena.

De pena, y de vergüenza además; pues la sentiría muy grande, al ver que lo que los hombres no habíamos conseguido, limpiar á España de parásitos, lo conseguían los muchachos sólo con dedicarse al higiénico sport de fortalecer su brazo en civilizadoras pedreas.

No quisiera morir así; pero si la divina Providencia tiene resuelto que los frailes vayan al cielo por el camino que San Esteban, acataré sumisamente sus inescrutables designios, y exclamaré con la más perfecta resignación cristiana:

«Cuando ella lo hace, será porque nos convenga.»

Cura apaleado

¡Vaya un entusiasmo el del teniente austriaco Saige al apalea en Viena al sacerdote Szent Ivany! Si en una batalla da aquella muestra de coraje, se gana el ascenso inmediato.

Y para animarse más y más á cada golpe, le decía á gritos: «¡Toma, para que aprendas á seducir jóvenes y abandonarlas después!»

El reverendo recibía los palos en silencio y á la vez huía entre las rechiflas de la multitud, hasta que por fin pudo ganar un convento de franciscanos próximo, donde fué acogido y apreciándosele veintidós contusiones y heridas.

¿Que si se quejó á las autoridades? No. Los curas se resignan á pasar como víctimas cuando no pueden pasar por otro punto, ó temen salir peor librados si se quejan.

Cómo los frailes

inducen á las hijas de familia á burlar á sus padres y á odiarlas como á agentes de Satanás.

Son pocos los padres de familia que se toman la molestia de revisar los libros que en los colegios, sacristías y

librerías católicas adquieren sus hijos como premios, regalos y devocionarios. No dan importancia á estas frívolas dadas piadosas. Pero óiganlo bien obispos, damas católicas, escritores y oradores: yo les reto públicamente á todos, á que me presenten de todos los libros publicados por la Escuela Moderna y por los cuales fué en parte fusilado Ferrer, y principalmente perseguido, odiado y calumniado, un pasaje de doctrina tan *disovente de la familia* como la contenida en los siguientes párrafos del libro *Cartas á Teófila*, del Provincial capuchino fray Ambrosio de Valencina, páginas 425 y siguientes:

«Alapide adelante y dice, que va contra lo prescrito en la Sagrada Escritura, el que consulta su vocación con padres, parientes y amigos (1). San Ligorio avanza más y dice: «Hermano mío muy amado, si os sentís llamado por Dios á dejar el mundo, poned sumo cuidado en no manifestar á vuestros padres tan importante resolución.» Y San Juan Crisóstomo añade, que: «Si los padres ponen obstáculo á nuestra vocación, no les debemos hacer ningún caso.» Y el Papa San Gregorio enseña, que: «Si los padres nos sirven de impedimento para seguir á Cristo, debemos huir de ellos.» Y S. Jerónimo, el Doctor máximo, escribe á Heliodoro estas valentísimas palabras: «Aunque tu madre desmelanada y llorosa te pida que no la dejes, y aunque tu padre se tienda en el umbral de la puerta para no dejarte salir, pisa sin miedo á tu padre ó salta por encima de él, y vente á la soledad, porque en este caso la verdadera piedad filial es ser cruel con ellos.» ¿Qué tal les parecerán estos pasajes á los que creían que yo me había olvidado del cuarto mandamiento? ¿Pues qué? ¿San Jerónimo, Santo Tomás, el Crisóstomo y San Gregorio Magno no sabían que la ley de Dios manda honrar y obedecer á los padres? ¡Vaya si lo sabían! pero sabían también lo que otros muchos no quieren saber; aquellas formidables sentencias de Cristo, que dice: «El que ama á su padre ó su madre más que á Mí, no es digno de Mí. El que por mi amor no deja á su padre y á su madre, no puede ser mi discípulo. Todo el que por Mí abandone á su padre, á su madre, á su casa y á sus bienes, recibirá el ciento por uno en esta vida, y después la gloria eterna.» (2) Y ahora... que me acusen de perturbar la paz doméstica con mis escritos: que en compañía de tan grandes santos y del Santo de los santos, tengo por honrosa la tal acusación, pues ella sólo prueba que soy fiel soldado de Jesucristo, que dijo: «No he venido á poner la paz, sino la guerra, pues he venido á separar al hijo de su padre y á la hija de su madre... porque los enemigos del hombre son sus domésticos (3).»

Y si la doctrina de los santos y del Evangelio mismo no satisface á los papas, veamos si los ejemplos de los santos los acaban de convencer. San Pedro de Alcántara se huye de casa sin licencia de su madre, para hacerse religioso, y Dios aprueba su huida con un mila-

(1) Com. in Eccli. 37.

(2) Math. XI. XXVII, 20, 29 y Lucas XV, 26.

(3) Math. XI, 35.

gro; San Estanislao de Kostka se va de casa contra la voluntad de su padre para entrar en religión, y Dios obra con él otro prodigio; San Luis Beltrán se escapó también de noche para irse á un convento, sin decir nada á sus padres, y lo propio se cuenta de San Felipe Neri y de otros mil. ¿Pero á qué buscar ejemplos fuera de casa, si de puertas adentro los tengo á montones? Mi padre San Francisco siguió su vocación á pesar de los obstáculos y maldiciones de su padre; mi madre Santa Clara se escapa una noche del palacio de su padre para tomar el velo de religiosa bajo la dirección del Serafin, llagado; su hermana santa Inés hace lo mismo, y furiosos los parientes van por ella, dispuestos á volverla á su casa arrastrando; pero Dios la hace de repente inmóvil, de manera que todas las fuerzas humanas no bastaron para moverla; y seca también de repente el brazo de su tío, levantado en el aire para abofetearla. ¿Y de los ilustres hechos de estos santos y de los milagros que Dios hizo en su favor, no se escandalizan esos candorosos padres? Pues entonces ¿por qué se escandalizan de que yo tuviera propósito de saltarme por la tapia, si me hubieran cerrado la puerta para venir al convento? ¿Acaso me creían sólo? Pues estoy con una compañía tan brillante, que con ella no temo los dicharachos necios, ni la ojeriza del mundo. ¡Fuera, pues, escándalos fariseicos! que lo verdaderamente escandaloso es la conducta de muchos padres en la vocación de sus hijos.

Se ha dicho que el amor es ciego, y quizá ninguno lo será tanto como el amor de una madre ó de un padre. Ese amor ciego les impide ver las leyes providenciales que rigen el destino de las almas y les hace olvidar que sus hijos no son suyos, sino de Dios, que los dá y los quita cuando así conviene á sus inescrutables designios. Los padres no son más que depositarios ó lugartenientes de Dios; y por eso su deber es dirigir sus hijos y probar su vocación, si fuere necesario; pero jamás oponerse á ella, si no quieren hacerse reos de esa majestad divina. Figurémonos que Dios tiene destinado á un joven para ser un misionero que convierta muchas almas con su predicación, lo cual no sucede, porque él no fué religioso á causa de que sus padres se lo impidieron: ó bien que tiene destinada á una joven á ser otra Teresa de Jesús, heroína de los claustros, que con su oración lleve al cielo muchas almas, lo cual no se verifica por la oposición que le hicieron en su casa; los causantes de ese mal, ¿que responderán al Juez Eterno cuando éste les diga: «Ingratos y rebeldes á mi voluntad! diez mil almas iban á salvarse por la predicación de tu hijo ó por las oraciones de tu hija que hubieran sido religiosos, si tú no se lo hubieras impedido; ahora esas almas están condenadas por tu causa, y si el que es causa de que un alma se condene ó pierda, pagará con la suya, tú que eres causa de la perdición de tantas, ¿con qué vas á pagar? ¿Qué descargo darán á esta pregunta? ¿Y quien podrá quitarles de encima la sentencia de condenación? Y lo peor es, que se exponen á que también se condenen sus hijos, y que tengan que repetir en el infierno por toda la eternidad esas tristes palabras de San Bernardo: «¡Oh padre duro y madre cruel!...

prefirieron que sus hijos nos condenáramos con ellos, á que reinemos sin ellos en el cielo!»

Aquí suele hacerse una objeción muy especiosa, y es la siguiente: El es hijo único, su padre tiene mucha edad, y no debe dejarlo ir. Ella es sola en su casa, su madre está siempre achacosa, su padre está hecho un viejo, es una crueldad abandonarlos para meterse en un convento. ¡No faltaba más! ¿Qué diría el mundo?—Vamos á cuentas. ¿Qué diría el mundo, si ese joven ó esa doncella se casaran? ¿La vejez, achaques ó enfermedad de sus padres, serían un obstáculo razonable para que contrajeran matrimonio y formara familia aparte? ¿No? pues entonces lícitamente pueden marcharse al claustro con toda tranquilidad, diga el mundo lo que quiera. Por el contrario, ¿faltaría á la obligación que tiene de asistir á sus padres, tomando estado de matrimonio? Pues entonces quizás faltaría también tomando el estado religioso; pero si no falta en aquel caso, mucho menos en este. Y adviértase que hablo de un hijo único ó hija única, que si hay otros hermanos ó hermanas (aunque sean casados) entonces la asistencia de los padres corre por cuenta de ellos, y el que tenga vocación debe ponerla por obra sin miramiento ninguno. Si Dios le llama al claustro y quiere que abandone á su padre ó á su madre, es porque El quiere tomar á su cargo el cuidar de ellos. Pero ¿qué harán? se pregunta en tono lastimero—¿que harán los pobrecitos sin esa criatura, alegría de su casa y báculo de su vejez? ¿Y qué harían, contesto yo, si en vez de llamarla Dios al claustro, la llamara al cielo por medio de la muerte? Pues hagan ahora lo mismo y se conformen con la voluntad divina, que todo lo dispone para nuestro bien.

—¿Y no podía esa joven ó ese doncel servir á Dios en el mundo, sin amargar la ancianidad de sus padres con una separación tan cruel? ¿No, y mil veces no á Dios se le sirve únicamente, cumpliendo su divina voluntad: y cuando El llama al estado religioso á un alma su voluntad es que le sirva en ese estado, y no fuera de él. Además, que no veo la amargura de que se trata; porque ¿qué mayor satisfacción y consuelo para un padre, tanto en su vejez como en la hora de su muerte, que considerar á su hija feliz en el claustro, libre de los peligros del mundo, hecha una víctima de amor divino, que se ofrece continuamente en sacrificio por la salvación de los que el ser le dieron? Y en último resultado, aunque amargue la vejez de sus padres, ¿quién le podrá negar á esa criatura el derecho que le asiste para escoger la mejor parte que dice el Evangelio? ¿Y quien se atrevería á disputarle á Dios soberano Creador de cielos y tierra, el derecho que tiene á escoger para sí algunas almas que se consumen ardiendo en el fuego Santo del amor ante su tabernáculo, aunque sea tomándolas de aquellas que confió en depósito á un padre ó á una madre?

Se siente tal indignación al leer esos párrafos, que no deja espacio al juicio para analizarlos.

Pero no se sabe sobre quién hacerla recaer, si sobre los miserables que de manera tan cínica é infame matan el sentimiento filial, ó sobre los padres que

permiten á sus hijas pasar siquiera frente á una iglesia.

Hay que acabar con todas estas iniquidades. Y de una vez. Y para siempre.

Un maestro digno

Al ir á repartirse los premios á los niños que asisten á las escuelas públicas en Riola, ocupó la presidencia un tal Serrano, cura, y hermano del alcalde canalejista de Sueca.

Concluido el reparto, tira de lengua el amigo, y con palabras duras, descompuestos ademanes y provocativas actitudes, puso como un trapo á Canalejas, propinándole los más ofensivos epítetos del bajo léxico, llamó canalla al gobierno y gentuza á los liberales, dando vivas desaforados al Papa rey.

Los niños le miraban asustados y temblando y el alcalde no sabía qué hacer. Advirtiéndolo el orador bucheesco, y acabó por animar á los chicos con estas belicosas y presidiabiles palabras:

«Ya lo sabéis, pequeños: para defender la religión hay que llevar en una mano el rosario y en la otra un puñal.»

El alcalde siguió callando, como todos los presentes. Sólo el maestro de escuela, D. Santiago Picó, protestó de las ideas y del lenguaje de aquel cura procaz y desvergonzado.

Felicito á ese maestro que supo volver por los fueros de la libertad ultrajada, ya que el alcalde, primer obligado á hacerlo, dejó que los pisoteara aquel cucaracha venenoso.

Si todos los maestros de escuela fueran así, pronto quedaría resuelta la cuestión clerical en punto á enseñanza.

Desgraciadamente, la mayoría de los maestros ponen su dignidad profesional á los pies de los mastuerzos trasquilados por el vértice.

Las corridas de toros

Si se les dijera á los que van á ellas que se acarreen una excomunión, de seguro... que continuarían yendo. El catolicismo está muy arraigado en España.

He aquí los párrafos de la Bula del Papa Pío V sobre las corridas de toros:

«Considerando que los espectáculos en que los toros ó las fieras son excitados en el circo ó en la plaza pública, son actos contrarios á la piedad y caridad cristianas, y queriendo abolir estos espectáculos sangrientos y vergonzosos, más propios del diablo que del hombre, contribuyendo así en cuanto de Nos depende, y con ayuda de Dios, á la salvación de las almas, «prohibimos y vedamos por la presente constitución que declaramos valedera á perpetuidad» BAJO PENA DE EXCOMUNIÓN Y ANATEMA, IPSSO FACTO «á todos y cada uno de los príncipes cristianos», cualquiera que fuere su dignidad, tanto eclesiástica como secular, «emperadores, reyes y demás con cualquiera nombre que llevarán», y á cualquier Estado ó Repú-

blica á que pertenecieren, la tolerancia en su territorio, provincia, pueblo, etcétera, de los espectáculos de este género en que hubiere corridas de toros.

Prohibimos también á los militares y á toda clase de personas la lucha con los toros, lo mismo si fuere lucha á pie ó á caballo.

La Bula fué notificada al gobierno español, y recibida con gran pompa y respeto.

Pero los toros continuaron, sin importárseles á los españoles un ardite de perder por ir á las corridas su salvación eterna. Que ya tiene algunos días.

Y continúan que es un gusto, á pesar de que las consecuencias canónicas de la excomunión *ipso facto incurrenda* (que no exige amonestación ni notificación alguna), son las siguientes:

1.^a El excomulgado no puede recibir sacramentos.

2.^a Queda privado de la participación de sufragios y participación en buenas obras.

3.^a No puede ejercer actos jurídicos, ni como abogado, ni como testigo, sino en causas criminales y siendo de absoluta necesidad.

4.^a Queda privado de obtener beneficios y no puede presentar á nadie para ellos, como patrono.

5.^a No puede obtener privilegios ni rescriptos favorables.

Hay algunas otras consecuencias especiales para los eclesiásticos.

En cuanto á otra dura consecuencia, la *prohibición de trato civil y social con los excomulgados*, hay que distinguir entre los excomulgados *vitandos* y los *tolerados*. Los excomulgados *nominati* son vitandos, los demás no.

La Bula de Martino V. *Ad vitanda scandalo* dice, sin embargo, que el trato de los católicos con los *tolerados* debe limitarse á lo indispensable para la utilidad espiritual de los mismos ó á lo que por la ley civil sea enteramente inexcusable.

Gregorio XIII y Clemente VIII atenuaron las censuras de Pío V, mas fué *bajo la expresa condición de que las corridas no se verifiquen en domingo* y de que fuesen los toros *embolados*.

De modo que siendo los toros de puntas y verificándose las corridas en domingo, la excomunión está vigente.

Por esto, al ver á tantas señoras de la aristocracia y á tantos buenos católicos de diversas ganaderías, yerbas y cuernos correr los domingos hacia la plaza, así como á muchos clérigos que se tapan con crepe la coronilla, exclamo frotándome las manos de gusto: «¡Qué bien acompañado voy á estar en el Infierno!»

DEL TIEMPO PASADO

¿Por qué se rechaza á los monjes?

—A fe de cristiano—dijo Eudomón—que me pone en cuidado el considerar

la sabiduría de este fraile, que aquí nos ha deslumbrado á todos. ¿Por qué se rechaza á los monjes de todas las buenas compañías, llamándolos turbafiestas, como las abejas rechazan á los moscones del alrededor de sus panales? *Ignominiam facos pecus*—escribió Marón—*á pressepibus arcent*.

Y contestó Gargantúa:

—La verdad es que el escapulario y la cogulla atraen los oprobios, juramentos y maldiciones, como el viento llamado *Cecias* atrae las nubes. La razón de esto se encuentra en que se comen las suciedades del mundo, es decir, los pecados, y como á tales se les encierra en los retretes, que son los conventos y abadías, separados de la cortesía, como los retretes de las casas.

Si sabéis por qué los ratones se ven siempre perseguidos á muerte, os explicaréis el que los frailes sean siempre rechazados por viejos y jóvenes; el ratón no guarda la casa como el perro, no tira del arado como el buey, no produce leche ni lana como la oveja, ni lleva carga como el caballo; no hace más que robar, destruir y devastar, y por esto se le recibe con persecuciones y apaleamientos.

Asimismo el fraile no trabaja como el campesino, no guarda el país como el soldado, no combate las enfermedades como el médico, no predica ni educa al mundo como el buen pastor evangélico y el pedagogo, no proporciona las comodidades ni las cosas necesarias á la República como el mercader. Esta es la causa de que todos huyan de él y todos le aborrezcan.

—Ten en cuenta—interrumpió Grandgousier—que ruegan á Dios por nosotros.

—Nada menos que eso—replicó vivamente Gargantúa.—Verdad es que molestan á todo el vecindario repicando continuamente sus campanas.

—¡Ah!—exclamó el monje.—Una misa, unos maitines, unas vísperas que se han repicado bien, están ya medio dichas.

—Ellos—prosiguió Gargantúa—rezan muchas leyendas y salmos que no entienden. Ensartan gran número de padrenuestros entremezclados de Avemarías, sin pensar en lo que hacen, y á esto le llamo yo engañar á Dios, no rezar. Así les ayude Dios como ruegan por nosotros, y no por sus migas y sopas grasientas. Sólo los verdaderos cristianos de todos los Estados, de todos los lugares y en todo tiempo ruegan á Dios; el Espíritu Santo intercede y ruega también por ellos, y Dios los acoge en su gracia...

FRANCISCO RABELAIS
(Cura de Mendoza)

Cura sin serreta

Y resguardado el cura de Alboraya tras la trinchera del Espíritu Santo, comenzó á gritar poseído de carlista cólera:

«El Gobierno está compuesto de unos cuantos sinvergüenzas que pronto tendrán su merecido, pues los carlistas hemos dejado de ser revolucionarios de palabra para serlo de hechos.

Y vosotros que formáis el ejército de Cristo, preparaos, pues la guerra civil no tardará muchos días en estallar.

A estos que nos gobiernan, es decir, que os gobiernan, pues á mí no me gobiernan—no debéis guardarles ni respeto ni obediencia, porque no son más que un atajo de sinvergüenzas.»

Y todo esto lo dijo delante de las autoridades, que no le invitaron á abandonar el púlpito, para ser trasladado en el acto á la casa de poco trigo, como hubieran hecho con cualquier propagandista republicano.

En otro lugar de este número inserto unos versos en que el inimitable Luis Tapia se ocupa de este asunto.

El atentado personal

II

MÁS REGICIDAS

Hace dos números dimos el relato del atentado contra el Rey de Portugal. Veamos ahora el del atentado contra Enrique III de Francia, descrito con las causas y consecuencias que tuvo para los regicidas:

«La Liga ó «Santa Unión», formada en Francia por los jesuitas y los Guisas, tan famosa en las guerras civiles y religiosas de los siglos XVI y XVII, fué el principal factor en aquel gran drama, muchos de cuyos actos se convirtieron en tragedia. En él, la «Compañía de Jesús», alma de la «Liga Santa», desplegó todas sus cualidades y recursos, representando toda clase de papeles, incluso el de protagonista, y con frecuencia los más terribles. Sus miembros fueron predicadores, apóstoles, mártires, verdugos, sublevados, rebeldes, asesinos, tribunos, soldados, fabricantes de barricadas, gobernantes y embajadores, mostrando en todas ocasiones, y para funciones tan diversas, cualidades y aptitudes verdaderamente extraordinarias; todo, por supuesto, por el Papa, por el predominio del catolicismo y del suyo propio.

D disgustaba mucho á Enrique III la parte activa que los jesuitas tomaban en aquellas luchas.

«Como la «Compañía», dice Esteban Pasquier, tiene una palabra incisiva, y se compone de toda clase de gentes, unas para la pluma y otras para el palo, hay entre ellas un padre Enriquez Sammier, hombre dispuesto y resuelto á toda clase de aventuras, que fué enviado en 1581 á muchos príncipes católicos para sondear el vado; y á decir verdad no podían escogerle más á propósito, porque como el camaleón cambia de colores, así cambiaba de traje, y lo mismo se bestia de fraile, que de cura ó de patán.»

Entre tanto, Cláudio Mathieu, llamado «el correo de la Liga», había ido varias veces á Roma, á solicitar de Gregorio XIII el apoyo público y sin reserva para la «Santa Liga»; pero este Papa, sin dejar de servir á los ligeros por bajo mano, quería cubrir las apariencias con el rey de Francia, que era tan enemigo de la Liga como de los hugonotes, por lo cual se quejó amargamente del ardor que los jesuitas mostraban, so pretexto de religión, en lo que en el fondo era cuestión política.

También pidió Enrique III, por me-

dio del Nuncio, al General de la «Compañía», que en adelante fueran franceses los superiores de los colegios de jesuitas en Francia. Aquaviva escribió al Provincial de Francia, confirmando-le en su puesto, aunque no era francés y añadiendo que, si á la dificultad de encontrar personas capaces para desempeñar el cargo de Provincial, se agregaba la de que hubieran de ser éstos nativos de sus respectivas provincias, los inconvenientes serían mayores. Además, que los jesuitas no debían mezclarse en asuntos temporales, y que estaba pronto á obrar severamente con el que no cumpliera sus deberes.

¿A quién pensaría engañar Aquaviva, el despótico General de la «Compañía» con la declaración de que los jesuitas no deben mezclarse en asuntos temporales? ¿Como si fuera posible que los jesuitas tomaran parte en la Liga de otra manera que por mandato de su General!

La hipocresía del General de los jesuitas fué todavía más allá.

Apenas Sixto V. reemplazó á Gregorio XIII, Aquaviva le escribió, diciéndole:

«Importa á la gloria de Dios y á la salvación de las almas, que la «Sociedad» se abstenga de mezclarse en asuntos civiles; por lo cual suplico á V. S. no permita que ningún jesuita se vea comprometido en complicaciones, tan ajenas y peligrosas para el Instituto.»

¿Como si Aquaviva no fuera jefe absoluto de la «Compañía»; como si sus subordinados no dependieran directamente de él; como si no tuviera autoridad y derecho para expulsar de la «Compañía» á todo miembro que bien le pareciese, culpado ó inocente, sin obligación de dar cuenta á nadie, incluso al Papa! ¿Qué bellaca hipocresía!

Que aquello era juego de compadres, como vulgarmente se dice, y valor entendido, lo prueba claramente la respuesta del Papa, diciendo á Aquaviva, que Claudio Matthieu, Enrique Sammier, Edmundo Hay, Coimmalet, rector de profesos en París, y los otros jesuitas, alistados en las banderas de la Liga, no hacían más que cumplir con su deber de buenos católicos.

Con esta manifestación del Papa, el General de la «Compañía» se lavaba las manos sobre la conducta de sus subordinados, ante un público imbécil y fanático, dejando inmune el prestigio de la «Compañía» como corporación religiosa, que solo se ocupaba en el piadoso deber de educar en la fé católica á sus adeptos.

¿Cuál era el deber de buenos católicos que, según el Papa, cumplían los jesuitas ligeros?

Sublevarse contra el gobierno constituido con las armas en lo mano, so pretexto de la religión, de que el Papa era jefe, azuzando el fanatismo de una plebe grosera, y llevándola al combate, en abierta rebelión contra el rey.

El jesuita Matthieu, que era de Lorena, fué expulsado de Francia, y cuando estuvo fuera de ella, su General, Aquaviva, le prohibió que se mezclara en los asuntos de aquel reino.

Mientras de esta manera aplicaba la cebada al rabo del asno muerto, antes y después de los asesinatos de los reyes Enrique III y IV, los colegios y casas de la «Compañía» en Francia fueron los focos de la rebelión, que los jesuitas

capitanearon; el padre provincial Velon Pejenat formaba parte del sanguinario tribunal de los diez y seis, creado por la Liga en París, ligero y fanático infame, y el tigre más cruel que se conoció en aquella terrible guerra religiosa, como lo aseguran diversos historiadores contemporáneos.

La historia nos dice, que las casas de los jesuitas fueron durante las luchas de la Liga, verdaderos arsenales de guerra, que así producían proclamas incendiarias, como puñales y trabucos, y predicadores como asesinos.

II

Barriere, excitado por capuchinos y jesuitas, intentó asesinar á Enrique IV, y pagó el intento con la vida.

Adelantando los sucesos, diremos aquí, que cuando Enrique IV entró en París, después de hacerse católico, todas las corporaciones y órdenes religiosas le prestaron juramento de obediencia, menos la de los jesuitas.

El rey pidió informe al Parlamento y á la Universidad, sobre la rebeldía de la «Compañía de Jesús», y el resultado fué un decreto expulsándola del reino.

La Universidad concluía su requisitoria con las siguientes palabras:

«Dígnese el Parlamento ordenar que esta secta sea expulsada, no sólo de la Universidad, sino de todo el reino de Francia.»

El Parlamento en pleno oyó á las partes el 12, 13 y 16 de Julio; pero antes de que recayera sentencia, Juan Chastel, discípulo de la «Compañía», joven de 19 años, intentó asesinar al rey, que recibió la puñalada en la boca, en lugar del corazón, por haberse inclinado para saludar á una persona.

Chastel declaró que el jesuita Gueret era su profesor, y que había estudiado en el convento de la «Compañía»; pero que sólo él era responsable del atentado.

Mandó el Parlamento registrar inmediatamente las casas de los jesuitas, y en su colegio de Clermont encontraron varios documentos escritos, contrarios á la dignidad de los reyes, y especialmente á la del difunto Enrique III.

Todos los jesuitas fueron presos, muchos de ellos en la Conserjería, y otros en su colegio de Clermont, y por un otro sí, agregado á la sentencia de muerte de Chastel, mandó el tribunal que dos los jesuitas salieran de París en el término de tres días, y en el de quince del reino. Bajo pena de ser ahorcados si eran habidos después de dichos plazos.

¿Qué dirían ahora los mogigatócratas si la República francesa, que tan benigne acaba de cerrar los establecimientos de los jesuitas, hubiera empleado contra ellos los procedimientos del monarquismo cristiano y absoluto?

El 27 de Diciembre hirió Chastel al rey, y el 29 fué desuartizado. Entre los papeles encontrados á los jesuitas, había un folleto manuscrito, obra del padre Guinard, bibliotecario de la casa, en el cual se leían lindezas de este género, á propósito del rey:

«¡Le llamamos Nerón. Sardanápalo de Francia ó zorra del Bearn!»

Y más adelante añadía:

«La corona de Francia puede y debe transferirse á otra familia que no sea la de Borbón, y al Bearnés, aunque convertido á la fe católica, le tratarán más

suavemente de lo que merece, dándole alguna corona monacal, en convento bien severo y reformado. Si no pueden deponerlo sin guerra, siga la guerra; y si no pueden con la guerra, que lo hagan morir.»

«Es acción meritoria para con Dios matar á un rey hereje.»

«Ni Enrique III, ni Enrique IV, ni el elector de Sajonia, ni Elisabeth de Inglaterra, son reyes verdaderos; Jacobo Clemente hizo una acción meritoria matando á Enrique III.»

El fanático y furibundo padre Guinard no negó haber escrito las líneas precedentes, y el Parlamento le condenó á muerte.

El 7 de Enero de 1575, compareció ante el Parlamento, junto con el regicida.

Puesto en el tormento, Gueret no había confesado, y el fiscal se contentó con pedir su extrañamiento del reino.

El tribunal condenó al padre Guinard á ser ahorcado, y su cadáver reducido á cenizas.

El mismo día se ejecutó la sentencia.

Por orden del Parlamento se levantó una pirámide, en cuyas cuatro fases grabaron inscripciones como esta:

«Una parricida detestable, imbuido en la pestilencial herejía de la perniciosísima secta de los jesuitas, que desde hace poco, cubriendo las más abominables fechorías con el velo de la piedad, ha enseñado públicamente á asesinar á los reyes... intentó asesinar á Enrique IV.»

Esta pirámide fué construída con los bienes confiscados á los jesuitas.

FERNANDO GARRIDO

La langosta clerical

No se dé usted importancia, amigo que me escribe desde Haro, con esa virgen de la Vega que tienen ahí, y que viene haciendo constantemente el milagro de que nadie vaya á visitarla sin dejarle dinero para trajes, joyas, etc.

Ni tampoco crea que sólo en esa población sale un comisionado del cura con un saco á pedir durante la recolección de cereales, trigo, cebada, avena, habas, etc., y durante la vendimia con un pellejo en demanda de mosto; esas costumbres perduran en casi todos los pueblos de España.

La langosta clerical es tan insaciable como la que destruye los vegetales en los campos, y así como ésta no desaparece mientras no se roturen todos los terrenos, la otra persistirá en tanto la civilización no penetre en todos los cerebros.

Advertencia

Rogamos á los que piden folletos, que digan siempre el título del que desean.

Habiendo lanzado ya la Serie 2.^a, podría prestarse á equivocaciones el pedir los folletos por el número.

EL BAUTIZO DE UN NIÑO GRANDE

¡Un cuervo blanco ha aparecido en Madrid: un niño de veintitrés años, que se ha hecho bautizar en la Iglesia de los Angeles, al mismo tiempo que las campanas!

Fué una solemnidad extraordinaria, lo cual es un gran consuelo, pues indica que de los muchos millares de disidentes y librepensadores que hay en España sin bautizar, *¡sólo uno!* ha sentido humor de pasar por las aguas del Lozoya, en funciones de Jordán madrileño.

Si se inventase una solemnidad, ¿que sí debiera inventarse, para hacerse borrar el bautismo, ¿cuántos millares de jóvenes católicos acudirían cada año? Y claro que estos Pablos Alonsos que huyen y maldicen de la Iglesia son tan Alonsos y tan Pablos como el remo ado el otro día por el auditor de la Nunciatura.

De fijo que resultarían á cien mil contra uno.

Lo cual demuestra que la Iglesia, por cada uno que conquista, pierde cien mil, y á este paso, dentro de unos años, los católicos serán como las ermitas de San Jorge.

Una preguntita de paso: ¿Ese Pablo ha ido á buscar en el bautismo la vida de la gracia ó la gracia de la vida?

Porque... se dan casos.

El arzobispo de Valencia

Telegrama de El Imparcial del 22

VALENCIA 21 (5 TARDE)

«El arzobispo ha publicado una nueva pastoral sobre el tema de actualidad.

»Amenazada la concordia entre la Iglesia y el Estado—dice,—el rompimiento traería honda perturbación á España, donde la religión es el único principio de unidad.

»Jurídicamente perfectas, independientes, y cada una soberana en su esfera, la sociedad civil, que abarca todo el fin temporal humano, y la sociedad religiosa, que es de institución divina, pueden las dos vivir en armonía sólo con cumplir el proyecto evangélico: á Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César.»

Hay que saber que aquel Arzobispo tiene su léxico particular de doble sentido. Parece que dice una cosa y dice otra.

Así, aquello de la *honda perturbación* significa que el día del rompimiento entre la Iglesia y el Estado, los tribunales tratarían como á un estafador vulgar al obispo pillado *infraganti* en la estafa y que iría á la cárcel con todos sus cómplices, lo cual perturbaría hondamente el sueño y la digestión episcopal.

Eso otro de «á Dios lo que es de Dios etc.» significa lo que es de Dios para Guisasa; lo que es del César para

Riestra y Pidal: sin lo cual la *unidad mercantil católica* no puede continuar merendándose la Iglesia y el Estado.

El veraneo del cura

Busquen otros vientos frescos y refrigerantes aguas en famosos balnearios

ó en las cantábricas playas; sufran molestias de viaje, y en hotel, fonda ó posada paguen á peso de oro incómodo y mala estancia.

El cura rural que tiene fiesca y extensa morada, se exime de esas fatigas, porque veranea en casa. ¡Y qué vida, santo cielo, se pega el sobrio *sotana* en la canícula ardiente mientras los demás se abrasan!

Levántase muy temprano, dice la misa de alba para tener libre el día y ya no pensar en nada; toma después chocolate, de leche una enorme taza, como el rocío de fresca, como la nieve de blanca; fuma un sabroso cigarro que á diario le regala la cariñosa estanquera, que es su amiga y confesanda. Después descansa un momento, se quita las holapandas y se planta una chaqueta de ligerísima alpaca, ó se queda en calzoncillos; refiere cuentos al ama, ó juega con un chicuelo que tiene su propia cara.

Otras veces se encasqueta un sombrero de anchas alas que contra el sol ardoroso defienden su faz sagrada, y se va de huerto en huerto, donde se entretiene y charla con los feligreses ricos y las feligresas guapas, con éstas especialmente cuando trepan por las ramas cogiendo sabrosas frutas con que al párroco agasajan. Entonces sus castos ojos en el espacio se clavan por no ver... algunas cosas que no deben ser miradas.

Torna á casa al mediodía, do su sirviente simpática la comida suculenta tiene á punto en mesa blanca, y en su grata compañía, y del niño de su ama, si engulle buenos manjares, mejores tragos envasa. Después duerme larga siesta bajo una frondosa paria que presta sombra y adorno á la puerta de su casa.

Entre tanto allá en las eras bajo un sol que los abrasa,

sudando á mares el quilo los campesinos trabajan. Pero eso importa muy poco, más bien no le importa nada al padre cura que tiene fresca y espaciosa estancia.

J. G. L.

Alocución facciosa

«A los católicos y jaimistas

Hora es ya, hermanos, de que todos nos prestemos con ánimo fuerte á acudir en defensa de nuestra santa religión y de nuestra madre la Iglesia.

Nuestro rompimiento con el maldito gobierno liberal es un hecho. Las persecuciones contra los que con buena voluntad defendemos nuestras creencias religiosas, van en aumento.

Cuando para herir emplean los gobiernos armas indignas, hay que apelar resueltamente á los mismos procedimientos. Desenfrenada la ira de los liberales, cometiendo contra nosotros todas las injusticias, to los los atropellos que les vienen en gana, no hemos de ser tan mansos, que para defendernos no empleemos toda clase de armas; todas son buenas; el puñal, el vrowing. Empleémoslas contra todos los que tengan ideas liberales, pues son unos herejes que corrompen la tierra y han de arder en el infierno.

¡Católicos y jaimistas! No os arredre la muerte. Dios os recibirá en los cielos con los brazos abiertos y seréis premiados por toda la eternidad por vuestro sacrificio por la causa de la Religión.

El Papa desde Roma os enviará la bendición.

¡Ataca! perseguid, acosad á los liberales; exterminad á los incendiarios de los conventos y á los violadores de monjas; derribad los gobiernos impíos!

¡Que Dios os ayude!—*La junta católica y jaimista.*—Berga 12 Agosto 1909.

¿Que si están en la cárcel los que componen esa Junta? Pregunta excusada, sabiendo que no son republicanos.

Bienaventuranzas españolas

1. Bienaventurados los frailes porque ellos no servirán al rey y á la patria y la patria y el rey les servirán á ellos.

2. Bienaventurados los clérigos porque comerán sin trabajar del sudor de los que trabajan sin comer.

3. Bienaventurados los directores de conventos porque la justicia no se atreve con ellos.

4. Bienaventurados los que hacen voto de castidad solemne porque ellos pueden yogar con todas.

5. Bienaventurados los jesuitas por que pueden repartir folletos sediciosos en los cuarteles sin incurrir en la Ley de jurisdicciones.

6. Bienaventurados los obispos porque ellos poseerán los fondos de sus obispados.

7. Bienaventurados los extranjeros porque son preferidos y más respetados que los nacionales.

(FOLLETÓN 64.)

LA MONARQUÍA ESPAÑOLA

FOR
OFFENBACH

podido hacerlo, pues la única de esta especie que hoy posee. Ceuta, la conquistó y retuvo, hasta que los marroquíes se hicieron impotentes para recobrarla, la monarquía portuguesa. Así, la española, que obtenía tan grandes triunfos en América y en la misma Europa, sufría en la costa africana desastres tan tremendos como el de los Galves. ¿Ni cómo había de estorbar para la conquista de África, la de América, si ésta no la hacían realmente los ejércitos del monarca, sino bandas de insignes, de gloriosos aventureros? Los señores del reino deberían, pues, sacar del engaño ó del error, al pueblo que vienen embromando, y, si quieren buscar por ese camino salida ó empleo á lo que han dado en llamar «energías nacionales», hablar con franqueza y decir: «Los españoles de los tiempos de Carlos 1.º y de Felipe 2.º, «los que se paseaban, como por «su casa, por todo el interior de América y por Italia, Francia y Alemania «en Europa, no pudieron poner más «que un pie, y ésto sólo algunas veces, en África. Pero ahora nosotros «vamos á poner los dos, y meter todo el cuerpo, y conquistar esas tierras, arrollando y sometiendo á las «duras, tenaces, feroces y hasta la «presente indomables gentes que las «pueblan.» Con esto, ya sabrían todos los españoles á qué atenerse, y echarían sus cuentas, y se tentarían la ropa, y lo que resolviesen lo ejecutarían á conciencia y de manera apropiada.

Porque, si se resolvían á acometer la magna empresa, verían que no se trata, en este caso, de una conquista más ó menos difícil, á estilo moderno, para lo cual no parece que la monarquía española tenga fuerzas, sino de una invasión á la antigua, mejor dicho, de una contrainvasión, pues los españoles habrían de hacer ahora con los moros lo que los moros hicieron con ellos hace doce siglos: enviar por delante un ejército bastante fuerte que les abra paso, y sin perder tiempo trasladarse con mujeres y niños y demás impedimenta casera á aquel país y establecerse en él. Y, yendo en número suficiente,

¡Marruecos por Español, esto es, Marruecos por el Vaticano si las cosas no cambian de raíz en aquella monarquía. Quizás con un par de millones de habitantes que se fuesen á África bastaría para dominar y conservar una buena zona de territorio, siempre que entre ellos, ó además de ellos, hubiese proporcionado contingente militar, que, naturalmente, no necesitaría ser en relación tan numeroso como el que ahora guarnece los 500 kilómetros cuadrados ocupados recientemente. Pues, aunque al lector le llame mucho la atención, ha de saber que para esos 500 kilómetros cuadrados tiene allí la monarquía española considerablemente más soldados que para 500.000 de territorio colonial que perdió en 1898 tenía cuando en 1895 empezó la última rebelión cubana. Porque sumados los tres ejércitos, el de Cuba, el de Puerto-Rico y el de Filipinas, no llegaban entonces, ni durante muchos años habían llegado, á 20.000 hombres de tropa, mientras que son 25.000 ó quizás más, los que guarnecen Melilla y territorio adjunto. Así, pues, decídanse los señores del reino. Preparen unos millones de sus buenzos súbditos: digamos en números redondos y aproximados, un millón de familias; háganlas preceder de un ejército, siquiera, de sesenta mil hombres; y ¡al agua, patos! La monarquía española podrá entonces decir como Escipión: «África, ya te tengo!»

CAPITULO XXXVI

QUE TRATA DE LA VIVISECCIÓN, Y TAMBIÉN DE LO INGRATA QUE ES LA MONARQUÍA ESPAÑOLA CON EL CONQUISTADOR DE AMÉRICA.

Dos clases de vivisección son conocidas en España: la experimental y la deportiva. De la primera, aún no muy usada en aquella monarquía, ya se sabe que en las partes más civilizadas del mundo se ha generalizado grandemente desde que Claude Bernard, refiriéndose al popular y desdichado anfibio que hizo la fama de Galvani, dijo en la «Introducción al estudio de la medicina experimental» que, siendo «el Job de la Fisiología, el animal más maltratado por el experimentador, es sin disputa, en cambio, el que más se ha asociado directamente á sus trabajos y á su gloria científica.» Y se ha generalizado, no porque las víctimas se hayan prestado mejor al sacrificio, halagadas con lo que para consuelo de las ranas y estímulo de los otros animales dijo

el buen Bernard, pues con tales cámandulas sólo el hombre es quien á manadas se deja llevar al matadero, sino porque el ilustre fisiólogo ha logrado insensibilizar con su determinismo al experimentador, y el número de los que desde entonces se ponen á mutilar ó desollar vivo á un animal, mientras no pueden hacer lo mismo con el prógimo, ha venido aumentando diariamente.

De la misma vivisección experimental del hombre por el hombre, es de creer que no tardará mucho en llegar á ser cosa corriente; pues, aparte de casos singulares como el de un joven cirujano de París que, por pura satisfacción profesional y por adiestrarse operó tres veces á una mujer que tenía á su cuidado, y no la operó la cuarta porque dos de sus colegas lo impidieron, las sabias prácticas establecidas en los grandes hospitales y otros institutos filantrópicos así lo hacen esperar.

Así, por ejemplo, no por la vana curiosidad de ver si realmente meaba ó no meaba Justina, una doliente de la Salpêtrière, pues Charcot sabía muy bien que no meaba; sino para convencer á todo el mundo de que aquel era un caso de «ischuria» comprobado, no simulado por la enferma, el célebre profesor citado, en cuanto la vió una vez recobrar el uso de uno de los brazos que, como las piernas, se le habían paralizado y contraído hacía unos años, engañándola y consolándola con que quizás le fuera conveniente para aliviar la parálisis del otro brazo, le puso bonitamente una camisa de fuerza. Y por cierto que unos días antes, el mismo Mr. Charcot y Mr. Gréhant, para probar que Justina no tenía en la sangre más urea de la ordinaria, le habían dado una sangría, administrándole primero, eso sí, el cloroformo. Mas «por desgracia» (palabras textuales de Charcot) la pobre Justina mejoró notablemente, pues con el cloroformo los vómitos cesaron, la contracción del brazo desapareció del todo, las aguas menores volvieron á brotar como si tal cosa, y... algunos detalles del experimento vinieron á perderse. Lo cual «por fortuna» (estas son palabras nuestras) no impidió que, en fin de cuenta, quedaran plenamente demostradas la ischuria y la paciencia de Justina, y el amor á la ciencia y el celo positivista de Charcot.

Otro caso digno de recordación. Bartholose, un yankee, en cuanto á